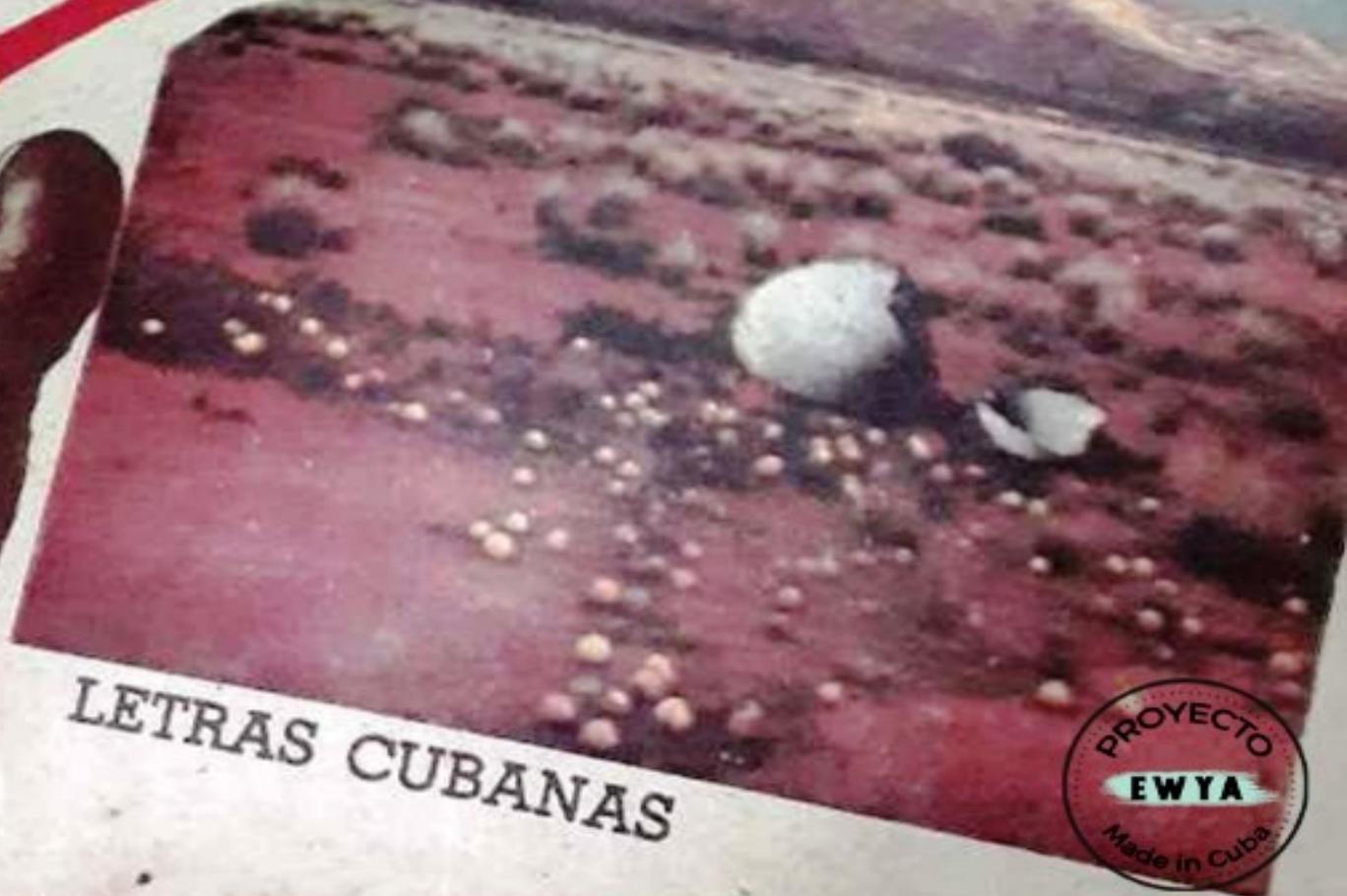


fantasia

86



Daina Chaviano
**El abrevadero
de los
dinosaurios**



LETRAS CUBANAS



¿Qué ocurriría si la humanidad descubriera de pronto que los dinosaurios —esas criaturas que siempre lo han obsesionado debido al misterio de su extinción súbita— en realidad nunca desaparecieron del planeta? ¿Qué ocurriría si la humanidad comprobara que se trata de toda una civilización con una cultura muy particular? ¿Cómo incidiría en los seres humanos el encuentro con otra especie inteligente, cuyo modo de vida y de pensamiento les ponen en crisis sus más arraigados valores?

Partiendo de tales preceptos, y tomando como denominadores comunes el humor, el absurdo, la poesía y el erotismo, se han estructurado los relatos de este libro. Tabúes referentes al arte, la sociedad y el sexo, son vistos bajo la óptica de este encuentro entre dos culturas. Los humanos y los dinosaurios intentan convivir juntos, pero...

COLECCIÓN: RADAR 86



Daína Chaviano

EL ABREVADERO DE LOS DINOSAURIOS

ePub r1.1
ePub2.0

Edición / Dulce M. Sotolongo
Cubierta / Régulo Cabrera
Corrección / Morayma Bello

© Daína Chaviano, 1990
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 1990

Editor digital: WeaR&WaZ
ePub base r2.1

EDITORIAL LETRAS CUBANAS
Palacio del Segundo Cabo,
O'Reilly 4, esquina a Tacón,
La Habana, Cuba.





—ewya_#004—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de autores cubanos...

WeaR&WaZ®
©RiverDry - 24.12.2021

Edición revisada y corregida. Se obró sobre la anterior edición digital, por lo que pudiera aún diferir del libro original impreso. Trabajamos por encontrar la versión en papel. Se agradecen sus opiniones. (Editor digital del Proyecto EWYA)

El abrevadero de los dinosaurios

Es inútil

jamás comprenderás a este corazón de dinosaurio porque has sido
educada para el corazón de otras
especies

JORGE BOCCANERA, *De reptil magazine*.

El día que hallaron un fémur y una vértebra del albertosaurio, Morgan dijo con desilusión: «¿Qué es esto?», porque era una especie conocida. Pero Lesje hubiera querido gritar: *¡Vive de nuevo!*, como un profeta del Viejo Testamento, como Dios, alzando sus brazos y despidiendo centellas, para que la extraña carne creciera otra vez, **y las tierras áridas se empaparan y florecieran.**

MARGARET ATWOOD, *La vida antes del hombre*.

Génesis

La primera vez que alguien vio un dinosaurio, creyó que estaba loco. Y no porque el aspecto del animal sugiriera escenas de pesadillas, ni porque su actitud fuera amenazante (sólo mascaba yerbitas, con la panza al sol); sino, porque todo ser humano, desde la Prehistoria hasta la Era Espacial, sabe que los dinosaurios se extinguieron mucho antes de que surgieran los hombres...

Al principio, nadie creyó en las afirmaciones del presunto descubridor. Se trataba de un anciano algo excéntrico, que vivía en una casona de dos pisos; pero él sólo ocupaba la planta baja, pues generosamente había legado el piso alto a los antiguos fantasmas del barrio que no tenían un sitio propio donde residir.

Con el transcurso de los meses, nuevos testimonios se sumaron al suyo. ¡La clase de revuelo que se armó! Hubo reuniones de vecinos, de juntas científicas, de senados, de jefes de estado, y de naciones. Nadie se ponía de acuerdo sobre las medidas que debían adoptar frente a aquella nueva amenaza contra la humanidad. Ni la guerra atómica, ni el hambre, ni el SIDA, habían provocado debates tan fuertes. Como siempre, no se llegó a ningún consenso. Y sólo pudo aplicarse una medida: cambiarían los programas escolares para explicar que los dinosaurios seguían existiendo.

En lo adelante, nadie volvería a sentirse aterrado la próxima vez que viera a alguno de esos bichos descomunales, masticando yerbas con su pancita al sol.

El raro

Era un dinosaurio raro.

Nunca leía revistas de moda; y jamás se le vio en un bar, ni en una fiesta. Eso sí, cumplía cabalmente con sus deberes: cada mañana salía hasta el valle cercano, pataleaba un poco para hacer temblar la tierra, y luego regresaba a su cueva. Entonces recostaba su cabeza contra las rocas de su vivienda, mientras la música prodigiosa de Wagner lo hacía remontarse en sueños hacia la tierra de las walquirias.

Amor contra natura

Lo de Susana, la hija del médico, fue un gran escándalo. Todo el mundo se enteró.

Resulta que una noche su madre comenzó a dar gritos que despertaron al barrio entero. La señora había visto la sombra gigantesca de un dinosaurio que se llevaba a su hija, apenas cubierta por un ligero ropón.

Luego de seis días, su primo Jorge y dos amigos más, descubrieron la guarida del malvado. Aunque Susana gritó y pataleó, se la llevaron a casa. La policía, avisada del caso, encarceló a la bestia.

Sin embargo, en el juicio no pudieron probarle nada, porque Susana insistió una y otra vez en que ella misma le había pedido a Dino (así lo llamaba en privado) que la raptara. No obstante, como la muchacha sólo tenía quince años, lo condenaron a un año de cárcel...

Nueve meses después, Susana dio a luz un huevo enorme que incubó en secreto y con gran amor. Al cabo de un tiempo, ella misma presentó a sus padres la prueba de su entrega voluntaria: un rollizo bebé que agitaba graciosamente su colita.

La boda se efectuó tan pronto como Dino salió de la cárcel.

Catálogo inconcluso de saurios

Existen diversas clases de saurios, pero son tantas que sólo mencionaremos algunas.

En primer término, están los dinosaurios, fácilmente identificables debido a su gigantesca forma de lagarto. No son peligrosos, a menos que alguien perturbe su paz cuando toman el sol panza arriba.

Existe otra variedad que echa humo por la nariz, fuego por la boca y tiene un par de alas membranosas: son los llamados dragones. Estos animales son tan difíciles de ver que muchos los creen criaturas mitológicas. Sin embargo, ya se ha comprobado que habitan al borde de los acantilados y en montañas elevadas que resultan de acceso difícil para los hombres, aunque no tanto como para estar coronadas de nieve. Los dragones son la única especie de saurios que pueden comunicarse telepáticamente entre sí, y con algunos humanos que poseen ciertas dotes mentales.

Otra clase la constituyen los psicosaurios, que sólo aparecen en determinados sueños... siempre y cuando éstos sean tridimensionales, en cinemascopio y con sonido estereofónico; por lo cual son prácticamente invisibles para casi todo el género humano, excepto para los niños o las personas mayores con una imaginación excepcional. Se identifican por el modo en que asedian al durmiente con las preguntas más indiscretas.

Emparentados con éstos, se encuentran los llamados «falsos psicosaurios», que también aparecen en los sueños ya mencionados. Se distinguen de los primeros porque no hacen más que pasearse de un lado a otro, sin decir una palabra, mientras perturban la trama —ya de por sí bastante ilógica— que tienen los sueños.

Por otra parte, ciertos investigadores, como el profesor Albérico de la Sierra y la doctora Sheila Lila, mencionan en sus obras a los papisaurios y los mamisaurios. No existen muchos datos sobre estas criaturas, pero ambos estudiosos coinciden en que esos animales dan muestras de un gran cariño mutuo. Basan sus afirmaciones en la gran cantidad de testigos que aseguran haberlos visto balanceándose en las ramas de los árboles gigantes —ceibas, baobabs, secuolas, según sea la latitud—, mientras se hacen mimos escandalosos. En tales casos, no es raro que el árbol se desplome, arrastrando en su caída al «papi» y a la «mami» que apenas se dan cuenta del desastre, ensimismados en su romance.

El vidente

Lomoliso era un dinosaurio con percepción extrasensorial y podía prever el futuro; pero aquella facultad que muchos le envidiaban, constituía una verdadera tortura para él. Era cierto que ya había evadido tres accidentes, seis asaltos y la mordida de un ratón; sin embargo, conocía de antemano las muertes de sus seres queridos, ciertos disgustos familiares y algunos malos ratos que sería imposible evitar.

Luego de muchos años de sufrimiento, Lomoliso decidió emigrar al Tibet e internarse en un monasterio al servicio de los lamas. Desde entonces es un ferviente practicante de la meditación trascendental, y vive ilusionado con la idea de ser el primer dinosaurio que alcance el estado nirvánico. Si ello ocurre, será la primera criatura en ver el Huevo Primigenio: un mandala que — según el misterioso libro Estancias de Dzyan— sólo está reservado a los dinosaurios, cuando han practicado la disciplina del samadhi durante muchos años.

Instrucciones para seducir a un dinosaurio

Escoja un día lluvioso. Llame por teléfono al dinosaurio (o dinosauria) de su gusto, y dígale algo así como: «¡Estoy aburridísima (o aburridísimo)! ¿Por qué no te llegas a casa para ver algún video?». No importa que usted no tenga ese equipo porque, apenas llegue, deberá ofrecerle un vaso con saurillo que le hará olvidar la invitación original.

Aunque casi siempre el saurillo se prepara con vino rojo, zumo de toronja o naranja, azúcar, agua efervescente, una rodaja de limón y tres cerezas, si se trata de una dinosauria puede añadirle algo de yerbabuena. Las dinosaurias, como las mujeres, se vuelven locas masticando la yerbabuena.

Encienda el tocadiscos o la grabadora, pero jamás ponga boleros, jazz, o algo parecido; sólo música hindú. Los dinosaurios de cualquier sexo caen en trance con la música hindú.

Como una exquisitez adicional, encienda una varilla de incienso. Si no puede conseguirla, pídasela a cualquier amigo que salga de viaje a México, a la Unión Soviética, o a la Cochinchina. Se venden en unos sobres largos, con todos los aromas adicionales que usted pueda imaginar: rosa, vetivert, sándalo, violeta...

Con el aire cargado de perfume, después de tres saurillos y varias piezas de música hindú, podrá hacer cuanto guste. A estas alturas ningún dinosaurio será dueño de sí mismo, y apenas sabrá dónde tiene la cabeza y dónde la cola.

Donde se aclaran los límites espacio-temporales en que viven y se mueven los dinosaurios

Los dinosaurios no son criaturas del pasado. Pertenecen al presente y al futuro; al aquí, al acá y al más allá. Hace milenios se movían en todas las latitudes de nuestro planeta: en el aire, en la tierra y en el agua. Actualmente viven en un país casi mítico, que algunos aseguran haber visitado por casualidad, pero al cual nadie sabe llegar por cuenta propia.

El país de los dinosaurios está rodeado de montañas (según algunos); es una isla (según otros); o se encuentra en medio de una selva (según terceros). En realidad, ningún testimonio recogido hasta la fecha puede ser una fuente fidedigna de datos pues sus contradicciones son evidentes... A no ser, como aventuran ciertos estudiosos, que el país de los dinosaurios sea una región eternamente mutante.

Pasatiempo del noble

Sirio fue un dinosaurio aventurero que se mudó, por iniciativa propia, al mundo de los humanos. Decidido a integrarse en su cultura, alquiló un apartamento en cierto edificio de una gran ciudad. Hacía sus compras en el mercado y era afable con los vecinos. Todos comentaban cuán tranquilo y discreto era aquel dinosaurio, y se alegraban de aquella adquisición.

Pero Sirio, como todo saurio legítimo, tenía un modo de vida peculiar, complementado por costumbres también muy particulares. Sirio tenía un hobby. Su hobby era criar animales.

Con toda seguridad, la frase criar animales traerá asociaciones inmediatas acerca de gatos sobre cálidos almohadones, perros moviendo la cola, pececitos desplazándose por un agua iluminada, y quizás alguna cotorra divirtiéndose o molestando a la sufrida especie humana... Pero Sirio no criaba perritos pequineses, gatos juguetones, ni peces rojos, sino que contaba con la agradable compañía de una pareja de ranas que compartían la ducha con él, un cernícalo hambriento que batía las alas en el balcón de su casa—impedido de escapar por una larga cadena—, cuatro jicoteas en una palangana azul, un gracioso majá que se enroscaba a los pies de las visitas en los momentos más inesperados, y dos familias de salamandras amarillas que vivían cómodamente instaladas en las paredes del apartamento.

A medida que aumentó su colección, las visitas de los vecinos se fueron haciendo más escasas. Pero Sirio no pareció darse cuenta.

Una tarde fue testigo de la destrucción de un hormiguero, que recibía las pedradas e insultos de unos escolares. Las pupilas del dinosaurio llamearon de indignación, y los muchachos escaparon aterrados. Amorosamente, Sirio recogió los pocos insectos que habían sobrevivido a la matanza y los llevó para su casa. Los colocó

en un cubo lleno de tierra y se dedicó a comprarles una libra de azúcar cada semana. Al cabo de un mes, el edificio sufría la invasión de un ejército de animalitos. Los enloquecidos vecinos llamaron a todos los especialistas de plagas de la ciudad... sin resultado. Nadie podía explicarse de dónde salían tantos bichos.

Un día que venía del mercado con su paquete de azúcar bajo el brazo, sorprendió a dos vecinas en el salvaje acto de pisotear toda una carrilera de hormigas que acarreaba pedazos de radio, cáscaras de aguacate y un trozo de lámpara art-nouveau.

—¿Qué hacen? ¿Qué hacen? —gritó el dinosaurio en un paroxismo de terror—. Dejen tranquilas a mis hormigas.

—¿Tus hormigas? —repitieron las estupefactas mujeres.

—Sí —respondió, con toda inocencia—. Miren —y mostró el cartucho de azúcar—, aquí les traigo la comida. ¿No sabían que yo tengo un hormiguero en casa?

La histeria fue colectiva.

Los habitantes del edificio exigieron a grito pelado que Sirio sacara de allí hasta el último bebé de hormiga que hubiera nacido bajo su techo. Pero Sirio se negó a abandonar a sus criaturas. Tomó el cubo lleno de tierra, y el resto de los animales, y se marchó con todos ellos al país de los dinosaurios, donde nadie mete sus narices en los pasatiempos ajenos.

Trilogía del misterio

Existen tres grandes zonas misteriosas en el país de los dinosaurios: el Valle del Espejismo, la Montaña Draco y el Bosque Iluminado. Todas ellas cambian constantemente de lugar, por lo cual nadie ha logrado evadir el peligro que representan.

Se han intentado numerosos medios —carteles, vallas protectoras, alambradas eléctricas— para evitar que algún dinosaurio distraído penetre en alguna sin darse cuenta; pero todas estas señalizaciones permanecen siempre en los sitios donde han sido fijadas, mientras el Valle, la Montaña o el Bosque se trasladan a otra región.

Actualmente se ofrece una recompensa de un millón de pesauros (moneda del país) y una espectacular cueva con cascada interior, para quien invente un sistema que permita aislar de manera efectiva estas zonas.

Un cuento de hadas

Había una vez una dinosauria muy hermosa que vivía en una humilde cueva, situada en lo más profundo de un bosque. Todos los dinosaurios que acertaban a pasar por allí, al verla, no podían dejar de declararles su amor. Le hablaban de su larga cola y de su garbo atronante; pero ella no se decidía a aceptar a ninguno.

Un día, cierto dinosaurio pobre y nada agraciado pasó por el camino. La tarde era calurosa, y él entró en la cueva para pedir un poco de agua. La dinosauria le sirvió, esperando la acostumbrada sarta de piropos. Pero el dinosaurio bebió el agua, sin prestarle atención a su anfitriona. En cambio, se sentó junto a la puerta de la gruta y comenzó a hablar de sus viajes y de las maravillas que conociera en países lejanos; de los remedios casi milagrosos, capaces de curar insomnios, malestares musculares y cefaleas nerviosas.

Ella se interesó por todo aquello, pues padecía de ciertas fobias y pesadillas que no lograba eliminar. A cambio de aquel poco de agua, él se ofreció a revelarles algunos secretos; y le señaló varios puntos neurálgicos situados en la zona posterior del cuello, en los brazos, en el pecho y en el vientre; trató de mostrarle cómo activar la energía acumulada en esos puntos; y quiso enseñarle a conocer cada porción de su cuerpo.

Pasó la tarde y llegó la noche, y el dinosaurio seguía dando lecciones a la dinosauria. Pasó la noche y llegó la mañana, y las lecciones no habían terminado.

Tras dos semanas de clases, la dinosauria había olvidado a los viajeros que se detenían ante su puerta para alabar los encantos de su belleza. Dos meses después, era una experta en masajes, acupuntura y digitopuntura.

...Y el dinosaurio pobre y la dinosauria hermosa vivieron muy felices.

Bibliografía activa

Los dinosaurios poseen una mente muy compleja. Su intensa vida interior, su sensibilidad extrema y el despliegue logrado en ciertas manifestaciones parapsicológicas —como la telepatía y otros fenómenos extrasensoriales—, han terminado por convertir a la sauropsiquiatría en la disciplina científica de mayor desarrollo en su cultura.

Muchos libros de texto, escritos por eminentes dinosaurios, son objeto de estudio entre los humanos. Las universidades y los institutos de investigación se los disputan. Los más solicitados son: *Trastornos en la conducta de los dinosaurios* (dos volúmenes), por el profesor Cola Loca; *The Impact of Freudian Thought on the Saurian Community* (Sólo disponible en inglés), por la Doctora Áurea Deluz; *El Espejo de los Dinosaurios: tratado sobre los fenómenos paranormales en el Medioevo*; por el Doctor Lizardo Bacon, Ph. D.; y el ensayo *Hipnosis telepática*, del profesor Zalto Vuelagarra, M. D.

Por otra parte, en los últimos años han comenzado a publicarse obras en torno al psiquismo saurio, escritas por los seres humanos. Algunas han provocado gran revuelo, pues se trata de estudios hechos por eminentes psicólogos e investigadores que entraron en contacto con la comunidad saurín, antes de que el resto del mundo tuviera noticias de ellos. Muchas de estas obras permanecieron inéditas hasta nuestros días. En estos momentos, los títulos más vendidos son: *Formas arquetípicas del subconsciente saurio*, de Cari G. Jung; *El mito del eterno dragón*, de Mircea Eliade; *La formación del símbolo en el pequeño saurio*, de Jean Piaget; *Saurios sin velo*, de Helene P. Blavatsky; y *Nueva interpretación de los sueños: psicosaurios y falsos psicosaurios*, de Sigmund Freud.

El valle donde mutan las criaturas

El Valle del Espejismo es una de las tres zonas misteriosas que existen en el país de los dinosaurios. Se trata de un prado circular, rodeado por la niebla eterna, donde todas las criaturas que penetran —sean racionales o no— transforman no sólo su imagen, sino también su identidad.

Allí es posible encontrar animales que fueron árboles; árboles que fueron hombres; hombres que fueron objetos; objetos que fueron animales. Por ejemplo, se sabe que en la región norte del Valle, cerca del lago de las marsopas, vive en su cabaña un respetable médico egipcio, cuyas técnicas curativas datan del tiempo de Tutmosis IV; anteriormente había sido un dinosaurio de costumbre bastante disipadas, y nada habituado a las disciplinas de una profesión semejante. También se conoce de una pantera totalmente vegetariana y muy aficionada a las cerezas; antes había sido profesora de esgrima en una escuela para niños sordomudos, y se encontraba de vacaciones cuando penetró en el Valle por accidente. Uno de los casos más famosos es Isadora, una dragona que realiza espectaculares acrobacias danzarias mientras vuela, y cuya identidad anterior todavía permanece en el misterio; sin embargo, todo parece indicar que se trata de una ancianita que desapareció, luego de internarse en la zona con su llamativo chal escarlata.

Los especialistas han alertado acerca de los peligros de este lugar; pues casi nadie, al salir de él, logra recobrar su antigua personalidad. Ciertos teóricos aseguran que se trata de un gigantesco laboratorio natural, donde se cumplen los deseos más ocultos del subconsciente; por ello, las criaturas transformadas se sienten mejor en su nueva vida.

Se ha dicho que la teoría anterior no concuerda con los once casos que han recobrado su identidad al abandonar el Valle. Pero diversos investigadores aseguran que estas once criaturas — cantidad mínima comparada con los millares que han permanecido fieles a su reciente condición— son casos típicos de desajuste emocional que, en realidad, poseen instintos suicidas, al renunciar en cuerpo y alma a la posibilidad de alcanzar sus más profundos anhelos existenciales

Manual de arqueología

Cierto día, una dinosauria llamada Koliblanca pidió permiso al Consejo Superior de la Especie para revelar a los hombres algunos secretos relacionados con los Visitantes del Exterior. Koliblanca fue autorizada, no sin antes prevenírsele contra la inutilidad del esfuerzo.

La dinosauria se sumó a la expedición arqueológica dirigida por el profesor egipcio Nossé Rá-Noffue, que haría sus excavaciones en una zona infectada de huellas extraterrestres.

Durante seis meses, encontraron diversos artículos humanos pertenecientes a los siglos IX y III a.n.e.

Koliblanca ganó un pronto reconocimiento al identificar con rapidez y exactitud los objetos más difíciles de clasificar. Por eso, cuando alegó que ciertos indicios arqueológicos aconsejaban seguir la excavación, nadie se opuso.

En los estratos correspondientes a los siglos XL y XXI a.n.e., encontraron escasas muestras de actividad racional primitiva.

De pronto, en una capa que debía pertenecer a los estadios más tempranos de la evolución humana, apareció un disco grabado con un mapa de la cara oculta de la luna y una escultura que representaba una nave en forma de cilindro. Los arqueólogos humanos dejaron de lado esos objetos, y se concentraron en los utensilios de sílex y pedernal. Koliblanca llamó la atención sobre las piezas desechadas, pero todos hicieron un gesto despectivo: el dibujo *no podía ser* un mapa de la cara oculta de la luna, sino una serie de marcas provocadas por la erosión; y la supuesta nave en miniatura, a pesar de esas aparentes ventanillas, soportes para aterrizar y antenas, sólo era un objeto de culto fálico.

Entonces Koliblanca los llevó a otro sitio donde ella *sabía bien* qué hallarían.

Cerca del Mar Rojo localizaron los restos de una ciudad que aún conservaba huellas de radioactividad; pero los arqueólogos dijeron que ésta era demasiado débil para saber si en otra época tuvo una potencia significativa, como si el hecho de su existencia —después de miles de años— no fuera indicio de su fuerza original.

En el hemisferio opuesto, al sur de Inglaterra, y en un terreno que databa de 900 000 años atrás, encontraron vasijas hechas con un material desconocido, semejante al plástico y fuerte como el titanio; pero ellos dijeron que las fallas geológicas podían alternar los estratos, llevando las capas más antiguas cerca de la superficie y las más jóvenes hacia el interior, por lo que esa vajilla podía corresponder a un período de hacía sólo mil años; y ¿el material?, bueno, pues, este, quizás, ¡ah!, el calor del magma, las presiones de muchas atmósferas, los sedimentos, etcétera, etcétera, transformarían cualquier aleación común en algo distinto. Ninguno explicó de dónde pudo salir el magma volcánico inglés, en fecha geológica tan reciente...

Koliblanka condujo la expedición hasta la India y, viajando hacia el sur, llegaron a Sri Lanka.

En un lugar conocido sólo por los dinosaurios, se encuentra el único hangar que dejaron los Visitantes del Exterior. Koliblanka no mostró el escondite a los humanos —eso hubiera sido traicionar el secreto mejor guardado de su especie—, sino que trasladó uno de los aparatos hasta cierta cueva, cuya edad se aproximaba a la fecha en que los Visitantes llegaron al planeta. Eso no podría dejar dudas: un vehículo enorme, construido con una tecnología totalmente desconocida, sepultado en una gruta jamás hoyada por el hombre. La nave se hallaba en perfecto estado de conservación, pues los sauringenieros se ocupaban de su mantenimiento desde hacía miles de años. Koliblanka recordó incluso el nombre original de las naves, conservado como una leyenda en los libros de los hombres... Pero cuando los arqueólogos vieron aquello dictaminaron: artefacto de culto religioso, perteneciente a una de las tantas culturas que poblaron la isla.

Koliblanka tuvo un ataque de furia. Abrió una torreta del *vimana*, se introdujo en él, comprobó que las existencias de mercurio habían sido renovadas, examinó los indicadores, y despegó en medio de un gran estruendo, ante la mirada atónita del grupo. La nave se perdió entre las nubes, rumbo al país de los dinosaurios.

El respetable profesor Nossé Rá-Noffue escribió en el diario de la expedición: «No se puede confiar en los dinosaurios: son capaces de convertir valiosas piezas arqueológicas en naves espaciales procedentes del cosmos...»

Homo ♥ Saurio

Nadie ha podido explicar por qué los seres humanos sienten una atracción tan desmedida por los dinosaurios. Si bien para algunos esto no resulta nada extraño, teniendo en cuenta que los hombres también se interesan por otras cosas, muchos observadores coinciden en afirmar que esta manía —en apariencia, normal dentro de la especie homo sapiens— se convierte en una obsesión patológica cuando de dinosaurios se trata.

A decir verdad, la humanidad ha dedicado decenas de novelas, filmes, relatos, esculturas y distintas obras, en general —sin contar los libros de texto, las postales y los pullovers impresos— en un intento por desentrañar las costumbres de los dinosaurios.

Se han aventurado muchas hipótesis para explicar las causas de este morbo, pero todas se resumen en dos líneas de pensamiento.

Según la primera suposición, los homínidos —antecesores inmediatos del hombre— surgieron de una rama excepcionalmente inteligente de dinosaurios; por tanto, es lógico que los seres humanos se interesen —aunque sea de modo inconsciente— por sus verdaderos padres.

La segunda posibilidad no se opone a la primera; más bien la incorpora, asumiéndola como hacen las teorías relativistas de Einstein (pongamos por ejemplo) con las teorías de la física clásica que, en su momento, tuvieron su colofón más alto en las leyes promulgadas por Newton... Sin embargo, de esta hipótesis no podemos hablar, porque es tan peligrosa que nadie se ha atrevido a formularla en voz alta.

El síndrome de Eros

Niní fue una dinosauria normal hasta la memorable tarde en que probó una aceituna. Deambulaba por el bosque, presa de un aburrimiento mortal. De pronto, encontró los restos de un picnic sobre la yerba. Entre las golosinas abandonadas, había un pomo de cristal con pequeñas frutas verdes. Eran aceitunas, pero Niní no lo sabía. Con delicadeza, paladeó aquel saborcillo ligeramente salado-ácido; desgarró la suave piel que envolvía el hueso del vegetal; lo escupió para saborear mejor la masa; tragó la pulpa... y tuvo que recostarse al tronco de una ceiba. Niní había tenido su primer orgasmo.

A partir de ahí, se supo que algunas dinosaurias nacen con una dolencia singular, conocida como el «síndrome de la aceituna».

Sólo algunos hombres de la especie humana sufren de hemofilia. De igual modo, sólo algunas hembras de la especie dinosaurio pueden experimentar el orgasmo provocado por el consumo de aceitunas. Según los científicos, se trata de una de esas enfermedades hereditarias asociadas al sexo.

Los doctosaurios trabajan con afán para descubrir o aislar el factor genético que la provoca, porque cada día son más las dinosaurias que desean contraerla.

Recordando a Vivaldi

Como es sabido, en el transcurso de un año, la naturaleza transita por alteraciones ambientales que influyen en el tipo de cosechas, cantidad de lluvia, frecuencia de algunas enfermedades, cambios en la temperatura, y otros fenómenos más o menos perceptibles, según la latitud.

Los seres humanos responden a semejantes vicisitudes con diversos grados de irritación, alivio o stress. Pero hay que ser un buen observador para percatarse de tales perturbaciones anímicas que a veces no son muy evidentes.

Por el contrario, nada más fácil de notar cuando le ocurren a un dinosaurio. Estas criaturas parecen moverse y vivir al compás del horario equinoccial. Y vigilan la llegada de cada estación con sumo interés.

No por gusto los dinosaurios consideran como uno de sus conciertos predilectos aquel titulado «Las estaciones», donde se traducen con exactitud los múltiples estados de ánimo que los asaltan en las distintas épocas del año.

La hipótesis que atribuye un origen saurio a su autor, no carece de fundamento, y está siendo seriamente estudiada por el Instituto de Pronósticos y Conjeturas sobre el Destino de los Dinosaurios Mutantes para su posible verificación.

Parábola del escéptico

Hace algunos años, el país de los dinosaurios se vio envuelto en un gran debate cuando el prestigio de la Saurioastrología se puso en juego.

Algunos proclamaban la validez de dicha disciplina, que ya había demostrado ser estadísticamente confiable para un 87% de la población. Otros aseguraban que se trataba de una gran superchería, y que los dinosaurios eran criaturas inteligentes, con libre albedrío, y sin ninguna conexión con los procesos planetarios.

Uno de sus enemigos más encarnizados fue un respetable dinosaurio que se propuso probar, de una vez y por todas, la falsedad de esa «seudociencia» que minaba el espíritu. Durante algunas semanas, se dedicó a reunir datos y a leer algunos materiales; también hizo varias entrevistas. Pero, pese a todos sus esfuerzos, no pudo concluir la tesis. Como jamás había consultado a un astrologosaurio, no conocía su carta natal. Debido a eso, nunca supo que era un Cáncer con ascendente en Sagitario, y que, por tanto, era un individuo lleno de ensoñaciones, con pocas ganas de salir de casa, y bastante desordenado y demorón al emprender ciertas tareas que exigían tiempo y concentración. Para colmo de males, había nacido en el año del Gallo —según el horóscopo chino—, y cada vez que veía una bufanda con ribetes dorados, o cualquier otra gangarria semejante, no descansaba hasta comprarla. Luego se pasaba todo un mes, pavoneándose con su alhaja, por las principales calles de la ciudad.

La montaña prohibida

La Montaña Draco es la segunda zona misteriosa en el país de los dinosaurios.

Esa elevación, llena de grutas, está rodeada por un anillo de vegetales cristalinos que dan la alarma cuando alguna criatura penetra en su territorio... aviso casi siempre innecesario, pues la cima se mantiene inexpugnable, gracias a que la masa cristalina es el paso entre dos dimensiones. En otras palabras, el anillo sirve de enlace entre el mundo de los seres humanos y el país de los dinosaurios. Cualquier extranjero que se aventure por la región, enseguida se verá transportado hasta allí. Y entiéndase por extranjero todo aquel que no sea un dragón; éstos son los verdaderos y únicos habitantes del lugar, y —dicho sea de paso— siempre sobrevuelan el peligroso anillo.

Aunque los dragones viven diseminados por los acantilados y cordilleras del mundo, la Montaña Draco es su capital. Todo asunto de importancia relacionado con esa raza de saurios —pleitos, amoríos, venganzas o celos— se solucionan en las profundidades de sus laderas. Y cuando hablamos de «asuntos de importancia» nos referimos, naturalmente, a los tesoros.

Los dragones son los guardianes de tesoros por excelencia. Como dice el refrán: «No siempre que existe un tesoro, hay un dragón; pero siempre que haya un dragón, existirá un tesoro.»

Aquello que, al principio, fue un deber, se fue convirtiendo en una conducta habitual, inherente a la personalidad de estas criaturas.

Los propios dragones tienen una divisa que constituye su lema de guerra: «Se puede encontrar un tesoro sin dragón, pero nadie hallará un dragón sin tesoro.»

Cuenta la leyenda que, en sus orígenes, la Montaña sólo era una cima inhóspita que cambiaba de lugar. Buscando un refugio seguro,

la corte draconiana descubrió aquellos parajes y de inmediato trasladó los más fabulosos tesoros perdidos de la humanidad hacia esas cavernas de acceso prohibido.

Se rumora que allí se encuentran, entre otros, el Bedub o anillo de Salomón, que otorga a su dueño un poder absoluto sobre la naturaleza y la facultad de hacerse invisible; los brazos de la Venus de Milo; catorce códigos precolombinos, salvados a última hora de las llamas por un ejército de dragones; cierto mapa que indica los lugares donde yacen las ruinas de Sodoma y Gomorra; la verdadera esmeralda donde Hermes Trimegisto grabó sus breves y concluyentes leyes alquímicas; el tesoro perdido de los incas; el cuerno de un unicornio capturado por una virgen en el Medioevo; 5 041 diamantes, de aquella colección de 9 547 que poseía Luis XIV pues, según le habían dicho, estas piedras favorecían a los nacidos bajo Leo; y los restos de veintiocho embarcaciones desaparecidas en el Atlántico, cuyo examen esclarecería de una vez y por todas el enigma del Triángulo de las Bermudas, si los hombres pudieran estudiarlas.

Rito de primavera

Crisálida presintió su llegada.

Era una dinosaurio típica y por eso no es de extrañar que, ya desde la noche anterior, su mente le proporcionara sueños inquietos.

Anduvo todo el día de un sitio para otro, aparentando hacer muchas cosas. En realidad, sólo quería dar tiempo a que las horas pasaran, y volviera a caer la noche.

Hizo vigilia.

Como una amante que aguardara la aparición furtiva de su señor; como una madre junto a la cabecera de su criatura mortalmente enferma; como los caballeros antiguos, antes de emprender una búsqueda sagrada; así esperó ella el amanecer.

Primero, fue el brote de un azul demasiado oscuro; luego, el de un verde tenebroso que recordaba la visión ancestral de un lago; más tarde, fueron los malvas y los ocres, los rojos y los naranjas... La salida del sol se anunció mágica como nunca.

Cuando los primeros rayos circundaron las montañas con un halo de fuego, Crisálida cerró los ojos y permaneció sentada con su rostro hacia el oriente. Le pareció que su cuerpo dejaba de sentir la caricia de la tierra. No había nadie por los alrededores. Nadie que pudiera haberle dicho que, en verdad, no podía sentir aquello que no tocaba...

Y así, mientras la luz crecía en aquel primer día del solsticio, Crisálida flotó durante un buen rato, mecida por la brisa de la cordillera.

Hábitat

Las grutas donde habitan los dinosaurios pueden ser de tres tipos: cerebrales, emotivas o durmientes. Y esta diferencia se debe a la atmósfera imperante en ellas.

Las cuevas cerebrales suelen tener una forma constante. Generalmente son silenciosas y están muy iluminadas. Resultan las viviendas idóneas para aquellos dinosaurios que se encuentran enfrascados en labores científicas o estudiantiles.

Por el contrario, en las cuevas emotivas jamás podrá encontrarse el mismo rincón dos veces, porque la distribución espacial cambia a cada minuto. También la iluminación varía desde un rojo apagado hasta un verde agua, según la hora del día, la época del año o el estado emotivo de su dueño. Esta propiedad para encogerse y dilatarse, encenderse y oscurecerse y, en fin, para mutar a toda hora, hace que las grutas emotivas sean las viviendas más populares de la especie sauria.

Por último, las cuevas durmientes son sitios pequeños, oscuros y llenos de un zumbido constante, apenas perceptible y de carácter subliminal, que crea un ambiente adormecedor. Es recomendable sólo para dos grupos de dinosaurios:

a) Aquellos que necesitan descansar por un largo período después de una jornada de trabajo agotador en que el organismo se ha extenuado.

b) Aquellos que han debido enfrentarse a situaciones perjudiciales para su sistema nervioso, tales como un naufragio, un terremoto, o el encuentro con un ser humano.

Romanza ambigua

Verde Verde fue un dinosaurio feliz, mientras vivió entre los suyos.

Una tarde, tuvo la mala suerte de adentrarse sin querer en el anillo vegetal que rodea la Montaña Draco. En sólo un sacudir la cola se vio transportado al mundo de los humanos.

Allí empezaron sus problemas.

—¿Verde Verde? —preguntaban con asombro aquellas criaturas—. ¿Qué eres tú: dinosaurio o dinosauria? Tienes un nombre *tan* indefinido...

A lo cual, Verde Verde contestaba:

—No sé. Nunca necesité definirme. ¿Para qué sirve eso?... Pero ya que quieren saber de mí, les diré que me gustan las flores y que soy ágil cuando pesco. A veces levanto pesas, y mi joya predilecta es este collar.

—¿Un collar? —decían algunos, en tono de sospecha—. Entonces debes ser una dinosauria.

—¡De ninguna manera! —exclamaban otros—. Una dinosauria no levanta pesas. ¡*Tiene* que ser dinosaurio!

—¡Pero si adora las flores! —replicaban los primeros. — Tendremos que cuidarnos de él —concluían a coro.

—¡Este sí que es un bicho raro!

Las especulaciones y los murmullos crecieron en torno a Verde Verde. Todos lo señalaban con el dedo.

—No puede definirse.

—Tiene un nombre extraño.

—No le importa ser una cosa u otra.

—¡Dice que le da igual!

Verde Verde sufría mucho. Nadie comentaba sus dotes artísticas (era muy buen cantante), ni elogiaba su trabajo (trasladaba cargamentos enteros que los seres humanos, por sus limitaciones

físicas, no podían siquiera alzar); tampoco preguntaban si era honesto, valiente o bondadoso. Lo único que de veras parecía importarles era precisar su naturaleza.

Un día, Verde Verde se hartó de tanta estupidez.

Se colgó al cuello un cartelito bien visible que decía: *Soy un dinosaurio* MACHO. Luego se pintó una flor en la mejilla y salió a caminar por las calles, aplastando a los transeúntes con su varonil paso de dinosaurio, mientras hacía tintinear sus pulseras de cristal, para gran escándalo de la respetable ciudadanía.

El verano del dinosaurio

Zarpazul llevó el último paquete hasta el fondo de la cueva. Allí pasó revista a su almacén: ochenta cajones de frutas, diez toneladas de mariscos, treinta sacos de frijoles, siete toneladas de harina, cincuenta sacos de arroz, diez toneladas de azúcar, ochenta cajas de vegetales... El surtido era tan variado como abundante.

Satisfecho, se asomó a contemplar la luz cegadora del sol que evaporaba ríos y charcos, lagos y pozos... Un vaho incesante ascendía hacia las nubes, acostando los árboles y agrietando la tierra.

Zarpazul cerró herméticamente la única entrada y salida de la cueva, encendió sus tres aires acondicionados, y se sentó a leer *Las nieves del Kilimanjaro*, dispuesto a disfrutar de aquel verano maravilloso, mientras allá afuera las piedras se derretían de calor.

Boceto de identidad

El ser humano se diferencia del dinosaurio en que el primero, por muy liberal que se diga, en el fondo jamás perdonará que su prójimo sea distinto a él.

Por el contrario, los dinosaurios saben que cada criatura racional es única; por tanto, nunca intentan medir a otros por su mismo rasero, y mucho menos imponer sus propios gustos y opiniones. Ya lo aconseja un antiguo proverbio, citado en las *Crónicas Pre-Draconianas* por el legendario sabio Al-Azar, y que ha sido traducido por el profesor Khanassan-dramarkha U., experto en Lenguas Saurias, como: «No metas tu hocico en el tazón ajeno». Esta frase constituye la primera ley en el país de los dinosaurios.

A ninguno de ellos le interesa lo más mínimo si su vecino se pone gafas oscuras por las noches; está enamorado de un alacrán, de una mesa, o de un ángel; pretende adivinar el futuro mirando un cristal; odia a las multitudes; o prefiere cantar el *Hare Krishna* envuelto en una nube de incienso.

Cada dinosaurio se considera un individuo original e irrepetible. Y piensa que el resto también tiene derecho a considerarse de igual modo.

Los humanos nunca entenderán esto.

El melancólico

Era un dinosaurio consumido por la melancolía.

Después de años de bregar contra un mundo que jamás lo comprendió, decidió —nostálgico al fin— darse la más dulce de las muertes. Se sentó junto a unas piedras, se cubrió con melado de azúcar, y comenzó a chuparse la punta de la cola que goteaba almibarado jugo.

Al cabo de muchas horas, luego de lamer y lamer, el dinosaurio se había desgastado tanto que sólo quedaba un charco de almíbar cocinándose al sol.

El Bosque de los Deseos

El Bosque Iluminado es la tercera zona que existe en el país de los dinosaurios. Debe su nombre a las entidades que lo habitan: vampiros de luz. La existencia de estos seres —únicos en todo el universo— tiene su origen en un factor que los psicólogos han denominado Incontrolabilidad del Subconsciente. Esto se explica así:

Los dinosaurios son criaturas muy especiales que no pueden contener sus deseos. Cuando alguno lo ha intentado, la represión, además de inútil y dañina, nunca ha sido duradera. Al final el deseo termina por escapar, transformado en un vampiro de luz.

Se sabe que los vampiros clásicos pueden poner en peligro la vida de otros seres, porque su constante hambre energética los conmina a chupar la fuerza vital de quienes los rodean. Los vampiros de luz son el negativo de aquéllos: destilan una energía vivificante que se esparce por doquier.

Resulta bastante gráfica la definición que el profesor Alücard Transsy les dio en su libro *Vampires: Means, Moods and Other Secrets*, donde asegura: «Si los teóricos de la Física especulan sobre la posibilidad de que un hueco negro —estrella colapsante que absorbe cuanto se le acerca— sea el reverso de un hueco blanco —que, en algún universo paralelo, devolvería cuanto engulló el anterior—, asimismo podríamos considerar que los vampiros clásicos son entidades oscuras que devoran la potencia del entorno, mientras los vampiros de luz son seres radiantes que derrochan energía a su alrededor. Sólo un equilibrio demográfico entre ambas especies explica que la entropía no llegue a una situación catastrófica.» (Página 541, Op. cit.)

Por alguna razón desconocida, los «deseosaurios» —como también se les llama a los vampiros de luz— buscan protección en

un bosque de contornos bien definidos, aunque de ubicación inestable, que siempre permanece iluminado con la suave iridiscencia de quienes lo habitan.

Se conocen pocos casos de vampiros luminosos que hayan optado por vivir en ciudades u otros conglomerados humanos. Las estadísticas sólo recogen 67 de ellos: 12 en Asia, 8 en África, 18 en Europa, 2 en Australia y 27 en América.

Como el vampiro de luz representa el ansia reprimida de un dinosaurio, su propia existencia lleva implícita la nostalgia de una frustración. Se supone que los vampiros luminosos que habitan entre los humanos han sido engendrados por los deseos inconfesables que ciertos dinosaurios y dinosaurias experimentan hacia algunos individuos de la especie *homo sapiens*.

Advertencia

Los dinosaurios no son mejores, ni peores, que los seres humanos.

Tienen defectos y virtudes, como los humanos; alegrías y amarguras, como los humanos; convicciones y dudas, como los humanos; ciencias y artes, como los humanos; dolores y placeres, como los humanos...

Los dinosaurios no son superiores, ni inferiores, a los seres humanos.

Pero son distintos.

Lección de historia

Hace algunos años, la comunidad humana hizo una invitación al país de los dinosaurios: deseaba fundar una república donde unos y otros viviesen juntos.

Al principio, los dinosaurios se negaron.

—Nos gustaría mucho —dijeron—, pero aún sois esclavos de los prejuicios. Tal vez dentro de mil años...

Los humanos insistieron: sería una sociedad justa, se desterrarían los viejos tabúes, habría nuevas leyes... Sin ánimos para discutir, los dinosaurios aceptaron con la esperanza de que los mismos humanos se convencieran de la inutilidad del proyecto... y de sus propias estrecheces mentales. El experimento se llevaría a cabo en una isla del Pacífico.

Mil seres humanos y mil dinosaurios se mudaron hacia el lugar. Las casas se alternaron con las grutas. Bares, cines, y otros sitios públicos, fueron diseñados conforme a los nuevos requerimientos de su población mixta.

A veces ocurría que una mujer cenaba a solas en un restaurante, y cualquier dinosaurio desconocido, sentado cerca de ella, pagaba su cuenta con un gesto que los humanos calificarían de «caballeroso». En cambio, si una dinosauria entraba a un bar en busca de una cerveza, los hombres reunidos comenzaban a intercambiar miradas de asombro; pero si, además, ella decidía convidar o pagar la bebida de alguno, los machos humanos caían en un estado de confusión enorme.

También ocurrió que, mientras algunos hombres se iban a trabajar, dejando a sus mujeres en casa, algunas dinosaurias se marchaban a sus labores profesionales, dejando el cuidado del hogar a sus dinosaurios.

Aquello no le hizo mucha gracia a los hombres, porque sus mujeres comenzaron a cuestionarse la razón por la cual ellas no podían hacer lo mismo.

Por otra parte, la población dinosauria no estaba pensando siempre en el sagrado matrimonio, como hacía la población humana. Muchas veces, dos dinosaurias amigas decidían irse a vivir juntas; o dos dinosaurios machos deseaban compartir la misma gruta con una dinosauria hembra; y así por el estilo: cada uno acomodaba las circunstancias externas a su personalidad, y no a la inversa... Todo ello aumentó la irritación de los seres humanos.

Ciertos hombres aconsejaban a las dinosaurias solteras:

—Deberías casarte, tener hijos y cuidar de tu hogar. No serás nadie si no encuentras a quien vele por ti.

A lo cual, las dinosaurias solteras replicaban:

—Para ser yo misma, no necesito casarme con nadie. Soy tan hábil y tan inteligente como cualquiera. No me hace falta un representante. Nací libre y sola. Y viviré con quien me venga en ganas... Si es que tengo ganas de hacerlo. ¿Hijos? Los tendré, si quiero; pero si no los tengo, no me moriré.

Y los hombres insistían:

—Es que los dinosaurios, como los hombres necesitan tener hijos para constituir un hogar. ¿Quieres negarles ese derecho?

Y ellas contestaban:

—Si los hombres y los dinosaurios necesitan tanto un hijo, pueden adoptarlo y criarlo. La finalidad de una dinosauria no es llenarse de hijos para complacer a nadie... Por suerte, nuestros compañeros lo saben.

En efecto, si algún dinosaurio que vivía solo o en pareja con otro amigo deseaba criar un hijo, podía solicitar alguno a cualquier dinosauria madre que no tuviera mucho tiempo para educar a los suyos, debido a su profesión. Y ya se sabe que los pequeños dinosaurios atendidos por dos o más hogares poseen un desarrollo emocional y espiritual superior a aquellos criados bajo un techo único.

Algunos humanos comenzaron a adoptar estas prácticas; otros reaccionaron violentamente en contra.

Pronto la escisión se hizo evidente.

Los dinosaurios regresaron a su país. Y la humanidad, afectada por el trauma de la experiencia, pronto olvidó el nombre de aquella república.

En la actualidad, ciertas ciudades todavía son testigos de algún hombre que sale de compras, llevando a su bebé en el cochecito; o de alguna mujer que se niega a trabajar en casa, cuando llega de la oficina o de la fábrica, mientras el marido pretende sentarse frente al televisor.

Pero esas tímidas actitudes apenas son reminiscencias de aquella sociedad igualitaria. Como ya les advirtieron los dinosaurios a los seres humanos: «Aún sois esclavos de los prejuicios. Tal vez dentro de mil años...»

Voces

Todas las tardes, a punto de ponerse el sol, el país de los dinosaurios es testigo de un fenómeno singular: una lluvia de voces cae desde las nubes.

Estas voces son adornos muy apreciados en los hogares dinosaurios. Las familias las cuelgan a la entrada de las cuevas, para dar la bienvenida a los visitantes, o bien en la cabecera de las cunas, para arrullar el sueño de los más pequeños.

Algunos han implantado una nueva moda: collares, pulseras y anillos, hechos con voces. Las combinaciones son infinitas, en dependencia del efecto deseado: un anillo puede irradiar simpatía, una pulsera puede ser melancólica, y un collar puede producir sensaciones eróticas.

Este tipo de alhajas dice mucho acerca de la personalidad de los dinosaurios.

El extraño caso de los sueños compartidos

(Tomado del libro *Formas arquetípicas del subconsciente saurio*, de Cari G. Jung, cap. 3, pp. 44-46)

Existen ciertos misterios concernientes a la psiquis sauria que aún no han podido ser descifrados, como es el caso de los «sueños cíclicos compartidos», que vienen registrándose desde hace milenios. Una de sus características es que estos se repiten varias veces en la vida, sin que el durmiente lo recuerde al despertar; basta que, al reiterarse de nuevo, quien lo sueña cobra súbita conciencia del mismo —dentro del propio sueño—, y piensa: «Esto ya lo he soñado antes.» Al despertar, podrá recordarlo todo perfectamente; pero jamás volverá a soñarlo,

Conozco a dos jóvenes dinosaurios que provienen de familias diferentes. Su entorno hogareño, experiencias vitales y desarrollo educacional, no guardan relación alguna entre sí. Durante tres años fueron amigos, antes de comprender que se habían enamorado. Una tarde, el dinosaurio le contó a su novia un enigmático sueño que había tenido dos veces. Corría por las habitaciones vacías de una mansión, hasta una ventana situada en el piso superior. Desde allí trepó a un árbol que crecía junto a la casa. Antes de deslizarse por el tronco hasta el suelo, miró hacia atrás, y vio que todo se había transformado en un palacio en ruinas. Entonces se percató de que el árbol ya no era un árbol, sino una enorme roca llena de grietas; alta y fálica como un menhir. Se dejó caer al piso. De la punta brotaba un surtidor de agua, a manera de fuente, que descendía por entre las grietas. En los intersticios había peceras; a través de sus gruesos cristales, se observaban peces rojos que nadaban con toda tranquilidad. Trató de tocar un vidrio, pero éste se

amoldó a la forma de sus dedos como un nylon irrompible, y retrocedió sin quebrarse... La dinosauria escuchó su relato con creciente asombro. Cuatro años atrás, ella había soñado algo casi idéntico. Con una diferencia: sus manos habían logrado atravesar el muro cristalino que mantenía el agua en la pecera. En realidad, no había obstáculo alguno que lo impidiera. El agua permanecía milagrosamente vertical, sin que se derramara por la ausencia de vidrio...

Se ha escrito mucho sobre las posibles causas de estos «sueños cíclicos compartidos». Como el fenómeno resulta tan extraño como inexplicable, las investigaciones han dado lugar a las hipótesis más disímiles: probable rememoración de sucesos acaecidos en una vida anterior; alguna situación alucinante o terrorífica que se arraigó profundamente en la memoria celular de un testigo, para transmitirse luego a lo largo de generaciones y resurgir en sueños; alegorías sobre el pasado de la especie; y varias más.

Por mi parte, ya he apuntado la posibilidad de que existan figuras arquetípicas para la psiquis sauria, con un simbolismo común. Dichos arquetipos —que se manifiestan a través de elementos figurativos universales, como el agua y el fuego, las rocas y el aire, los espacios abiertos y cerrados, entre otros— deberían estudiarse en relación con los instintos y preocupaciones principales de esta especie; vale decir: la búsqueda del yo verdadero, el impulso sexual y la muerte.

Love Story

Existe un matrimonio de dinosaurios que vive muy feliz en su diminuta cueva, situada en las inmediaciones del reino de los Tres Palacios.

Sus amigos los llaman cariñosamente «los lunáticos», pero no porque presenten algún tipo de alteración nerviosa, sino porque son los dueños de una perrita llamada Luna —un bichito loco y simpático, con aspecto de guasarapo, que ambos encuentran hermosísimo, pero al que sus amistades denominan «el Alien» cuando ellos no están presentes.

A decir verdad, «los lunáticos» —en el fondo— son un poco lunáticos. Claro está, ningún otro dinosaurio hallaría extraño su comportamiento, que sin duda ha resultado desconcertante para los humanos.

Por ejemplo, él posee facultades extrasensoriales; y no es nada raro que, en medio de una visita, el vaso de vino que acaban de servir salga despedido contra una pared, o que las botellas de leche estallen sin razón aparente, o que su colección de muñecos de peluche comience a saltar de un sitio a otro, prefiriendo aterrizar sobre la cabeza de un huésped. Estos continuos *poltergeist* aterran a los humanos, pero constituyen eventos sin importancia para los amigosaurios.

Otra de las peculiaridades de este matrimonio es que, junto a la entrada principal, han colocado un «detector de enemigos»: se trata de un muñeco de trapo, llamado Federico, construido por ellos. Cualquier sujeto con intenciones malvadas se vería imposibilitado de pasar cerca de él, pues una fuerza misteriosa se lo impediría. En cambio, los amigos ni siquiera notan su presencia.

Luna y Federico no son los únicos que comparten la vivienda con sus dueños. Allí viven también las almas de cinco muertos, un güije

que siempre se las ingenia para asustar a los incautos, un vampiro púrpura —que aparece de tarde en tarde—, dos haditas irlandesas —una de ellas, ninfomaníaca—, tres vampiros de luz a quienes les encanta revolotear entre las estructuras metálicas de un «espanta-espíritus» colgado junto a la puerta del dormitorio, y varios cactus y enredaderas que poseen facultades telepáticas.

A esto hay que añadir que la cueva pertenece al tipo emotivo, por lo cual resulta difícil orientarse en ella; e, incluso, los amigos que los visitan asiduamente, siempre la encuentran cambiada.

Este matrimonio ejemplar confirma una vez más la conocida tesis: Dime con *qué* vives, y te diré *quién* eres.

Mitología del dragón

Existen pocas cosas más fascinantes que traspasar los límites de la Montaña Draco.

Desde el lejano lago de las marsopas, es posible observar aquellos riscos desnudos y grises que apuntan como inmóviles torres góticas hacia el cielo. La visión resulta más desconcertante si uno observa con atención; pronto notará que las rocas se contorsionan extrañamente: los dragones, dueños y señores del lugar, toman el sol sobre las piedras y, de vez en cuando, agitan sus alas o alargan el cuello.

Contadas criaturas ajenas a esa especie han logrado penetrar en el interior de la Montaña Draco. Se cuentan historias fabulosas sobre sus innumerables galerías decoradas con piedras preciosas; cámaras donde impera el brillo aguamarino de las esmeraldas, el índigo de los zafiros, o el blanco ennegecedor de los diamantes; grutas ciegas donde se amontonan cofres repletos con los sueños de las doncellas de todos los tiempos: collares de perlas interminables, adornos con plumas de aves extintas, y broches de gemas tan rutilantes que su luz basta para atravesar la piel de las manos y mostrar la sangre emocionada que corre por las arterias... Y eso, sin contar con el espectáculo maravilloso que resultan los propios dragones: criaturas de ojos rojizos, inmensas alas membranosas, cola erizada de placas, y cuerpos dorados, verdes, azules, plateados...

No por gusto cada vez son más los individuos de otras especies que desean convertirse en dragones. Se les teme, pero existe un morboso encanto en ellos. Los trovadores de antaño les compusieron numerosas baladas: «Ojos de luz» y «Vuelo invernal», fueron quizás las más famosas.

Quienes todavía no han tropezado con estos seres, son incapaces de comprender la atracción que ejercen sobre sus semejantes. *Ver un dragón y después morir*, se ha convertido en la frase más lúcida e irrevocable de la especie humana, después que varios hombres y mujeres vieron por primera vez algunos ejemplares en pleno vuelo.

Trópico de otoño

Las brumas se levantaban del lago y, tras la espesa cortina se vieron las estrellas.

Dorado se estremeció.

La noche tenía otro aroma.

Olfateó el aire: olía a plata.

Caminó sobre la yerba húmeda. El rocío le empapó la cola que rozaba el suelo como una caricia.

Allá lejos, hacia el final del bosque, surgía la luna.

Dorado se detuvo. Sintió que la savia del mundo penetraba en su piel, y ascendía por su columna hasta la cabeza. Se agachó a recoger algo: un ópalo. Le dio vuelta entre sus dedos para ver el reflejo de sus ojos en ella. La piedra mutaba sin repetirse: ora verde, ora fuego, ora azul... Guardó la joya.

El canto de una lechuza ululó sobre su cabeza.

Noche plena de buenos augurios.

La estación infernal había pasado. Atrás quedaban los calores agobiantes, el zumbido de los insectos, las plagas y epidemias estivales... Ahora volverían los amaneceres fríos, las tardes frescas y las noches heladas.

Llegaba la época de los ensueños y las expectativas, de la mente lujuriosa y febril... Pronto surgirían las criaturas de los cuentos, que asomarían sus cabezas pálidas y luminosas entre los troncos de los árboles desnudos; brotarían engendros y pesadillas; y los coros de seres insólitos poblarían las leyendas.

Era un tiempo de mitos.

El divino otoño nacía otra vez.

Arte teatral

Los dinosaurios son criaturas muy cultas que han logrado una civilización de exquisito gusto, y los seres humanos no cesan de asombrarse cada vez que se enfrentan a cualquiera de sus incontables obras de arte. A decir verdad, jamás parecen salir del estupor que les provocan ciertos conjuntos esculturales de Rudapata, las barrocas coreografías aéreas de Dragóngora, o los motivos arquitectónicos de la catedral Nuestra Señora de los Saurios. Sin embargo, nada los ha desconcertado tanto como la inmortal tragedia del bardo Colaviva, escrita en el año 180 433 022 (según el calendario antiguo).

La obra —que ha sido reconocida por la crítica como la más representativa de todo el periodo— se inspiró en el fallecimiento de un dinosaurio que pasó del sueño a la muerte, tras devorar cuanto le pusieron delante con una fruición poco habitual.

Esta joya del teatro saurio —titulada *La piraña durmiente*— fue estrenada con gran éxito de público en las salas humanas, y provocó numerosas polémicas debido a sus atrevidos planteamientos filosóficos, centrados en la conocida dicotomía existencial *Ayuno versus Gula*.

Imagen y semejanza

Liria siempre ha sido una dinosauria muy imaginativa. Pero su capacidad de fabular no pertenece al orden intelectual propiamente dicho, sino al sensorial. Su fantasía se manifiesta a través de los perfumes que usa, su gusto al combinar los alimentos; y las ropas o adornos que viste. Mientras vivió en su país natal, jamás se sintió distinta ni especial.

Una tarde de otoño, se acercó a la Montaña Uraco para observar de cerca el vuelo de un dragón blanquísimo que llevaba en sus garras varias sortijas donde se adivinaba el rojo fulgor de los rubíes. Liria se entretuvo tanto que no se dio cuenta de que penetraba en la zona del anillo prohibido. Las cristalinas plantas se estremecieron al notar una presencia desconocida; el temblor de sus hojas provocó vibraciones que cambiaron la textura del aire. Y Liria se transportó, en un abrir y cerrar de ojos, al mundo de los humanos.

Ahí se iniciaron sus avatares.

Si pedía helado de melocotón, aderezado con camarones, todos abrían los ojos así-de-este-tamaño- Y no porque la comida fuera dañina o estuviera contra las costumbres dietéticas de la gente, sino porque aquella combinación *no era la habitual*. Si salía a la calle con sus párpados pintados de rojo furioso, las pestañas mojadas de rímmel azul, todos se le quedaban mirando extrañados, porque *no eran los colores acostumbrados*.

Algunas mañanas se perfumaba con colonia masculina.

—Es para recordar a un enamorado que tuve —explicaba—. Me encanta el olor a hombre, y como no siempre los puedo tener a mano...

Para Liria, aquel misterioso concepto que los seres humanos llamaban «moda» poseía una esencia incomprensible y absurda. Eso de que todos se disfrazaran con el mismo tipo de camisa o de

pelado le parecía ridículo. Y es que, para los dinosaurios, la moda no existe... Existe sólo aquel objeto que enfatiza la personalidad, proclama un estado de ánimo, o revela una visión propia del mundo.

—Cada ser humano es único, y diferente al resto —insistía ella—. ¿Por qué siguen imitando lo que otros llevan?

Años atrás, Liria había preferido la ropa de color blanco y crema, y los adornos de tono plateado. En aquel momento, tenía un amante al cual adoraba; su vida estaba llena, y se sentía realizada.

Más tarde, su amor la abandonó. Para alegrar su existencia, compró ropa de color morado y rosa, y adquirió una afición inusual por las joyas de ámbar y jade. Cuando iba a los museos, jamás se detenía frente a las vitrinas donde se exhibían animales disecados; en cambio, pasaban horas enteras frente a las muestras geológicas, de superficie resbaladiza, multipintada y esculpida, donde se adivinaba la mano mineral de la naturaleza que salpica las piedras de ricos verdes, transparentes blancos, brillantes azules y rojos ocres.

A diferencia de otros dinosaurios, Liria decidió permanecer entre los seres humanos. Se divierte mucho escandalizando a la uniformada población que lleva —según sea la época— los consabidos disfraces de pantalones ceñidos o anchos, camisas largas o cortas, pelo lacio o rizado; mientras ella provoca el asombro general, con sus sayas cargadas de cascabeles hindúes, aretes con plumas de pavo real, y colonias que huelen a incienso, a noches árabes, o a caricia de hombre, según tenga el día místico, soñador o erótico.

Elogio de la ternura

Cada 31 de diciembre, cuando todos los seres humanos festejan el fin de año, el país de los dinosaurios festeja el Día de las Ternezas.

Según las crónicas, esta costumbre fue ideada por una criatura hermafrodita que vivió en un legendario reino, cercano al Valle del Espejismo. Eso explica su fuerte tradición en el lugar y la razón por la cual, además de los dinosaurios, también se suman a ella los otros habitantes del país.

Los preparativos comienzan dos semanas antes de ese día. Para ello se recortan tantos papeles como participantes habrá en el juego; se escriben sus nombres en cada uno; se doblan y se echan en un cesto o plato; se revuelven y... comienza la rifa. Cada participante saca del recipiente un papelito y, luego de leerlo en secreto, se lo lleva a casa para redactar una carta al amigo o amiga cuyo nombre le tocó en suerte.

El 31 de diciembre vuelven a reunirse todos. A medida que van llegando, colocan las cartas en un cesto o recipiente con el nombre del destinatario bien visible. Poco antes de la medianoche, cada cual saca la carta que le corresponde y la va leyendo en voz alta, mientras se entera —junto a los demás— de su contenido.

Existen varios requisitos para este juego:

1- Aunque algunas parejas suelen jugar a las ternezas, es preferible hacerlo en grupo, pues sólo así se garantiza una verdadera sorpresa sobre quién será el remitente y quién el destinatario.

2- El número ideal para este juego es de tres a siete participantes. Resulta raro encontrar grupos mayores donde todos se llevan bien.

3- Las cartas responderán a la pregunta *¿Por qué te quiero?*, cuya respuesta puede incluir virtudes, historias imaginarias,

anécdotas, y hasta defectos, de ese amigo o amiga.

4- El intercambio de ternezas sólo es válido entre amigos de probada fidelidad, para quienes la adulación y la hipocresía sobran.

Dinosauria en invierno

Sibila salió de su cueva, se anudó una bufanda y caminó hacia el bosque.

Ciclo mojado de mercurio; viento que arrastraba las hojas naranjas y ocres y amarillas; paisaje de charcos lisos como espejos, junto al borde tembloroso de los lagos... Pero Sibila no pareció darse cuenta de nada; sólo respiraba los colores y el murmullo del silencio, que se abatían sobre la tarde.

Vio el primero de ellos al cruzar el puente: era un gnomo oscuro, de cara pringosa y ojos brillantes, que se ocultó rápidamente entre los arbustos de la orilla. Vio el segundo cuando se acercaba a la cascada: un güije de color malteado, que huyó sin darle tiempo a juzgar sus facciones ni su tamaño. Vio el tercero mientras bordeaba el lago: un elfo de cabellos blancos, cuya hermosura la deslumbró, haciéndola parpadear dos veces, antes de darle tiempo a comprender que había desaparecido.

La oscuridad aumentó.

Aullidos de lobos estremecieron el valle.

Sibila continuó su camino, sin saber muy bien adonde se dirigía. En realidad, no había hecho más que seguir el impulso que la obligara a abandonar la gruta. De pronto, al divisar una colina, lo supo.

Vio la primera de ellas cuando avistó el antiguo dolmen: era una sílfide apenas visible, de aspecto frágil y melancólico, vapuleada por el soplo vespertino. Vio la segunda al inclinarse para beber del río: una sirena de cabellos rojos, que la observaba con desconfianza desde un fondo de musgos y piedras. Vio la tercera mientras subía la colina: una walquiria de largas trenzas que cabalgaba entre las nubes, arrojando flechas en todas direcciones, con su porte de germana masculinidad donde no escaseaba la belleza.

Sibila llegó a la cima y, desde allí, se volvió para echar una última mirada al valle.

Era casi de noche.

Un momento antes de que las sombras le impidieran ver, observó algo semejante a un gasa —una especie de red gigantesca — cayendo desde el cielo para cubrir la tierra.

Sibila se dio vuelta y avanzó rumbo a las piedras donde recibiría mensajes del porvenir. Tomó asiento bajo la techumbre dolménica y cerró los ojos: fue como trasladarse a otro mundo. Su mente vagó entre las nieblas, y tuvo una curiosa sensación de no-ser en aquel sitio donde, a pesar de todo, debía estar. Sin embargo, no abrió los ojos para comprobarlo pues temió interrumpir las visiones que crecían en su interior.

Llegó la noche.

Sibila continuaba allí, bajo aquellas piedras que eran el umbral de otra dimensión...

Los primeros copos se posaron en la colina desierta.

El invierno había regresado.

Imagen del héroe

Los dinosaurios se diferencian de los seres humanos, entre otras cosas, por su especial culto a los héroes. Para ellos, un héroe no sólo es quien ha realizado múltiples hazañas guerreras o quien llevó a cabo una acción heroica; sino, sobre todo, aquel que ha contribuido al desarrollo de su propia especie.

En la historia de la humanidad, ocupan un lugar predominante los héroes y anti-héroes vinculados a las guerras. Es casi imposible hallar a un ser humano que jamás haya oído hablar de Alejandro Magno, Nerón, Moctezuma, Napoleón, Hitler o Atila. Cualquier hombre, mujer o niño, podría ofrecer datos sobre las vidas de estos individuos; pero si se les preguntara de golpe quién descubrió la penicilina, la mayoría se quedaría con la boca abierta de perplejidad. Los dinosaurios, por el contrario, evocarían de inmediato el nombre sagrado de Alexander Fleming; y sus ojos se llenarían de lágrimas si supieran que alguien pudo olvidar por un instante a quien ha salvado más vidas que las que cobró, en sus glorias bélicas, cualquiera de esos guerreros a los que tanto admira.

—Si no fuera por Fleming, mi madre o mi hijo o yo estaríamos muertos —diría todo dinosaurio.

Y tienen razón.

¿Quién no ha tenido que combatir alguna vez una infección con ese polvillo mágico? Y, sin embargo, ningún ser humano parece recordar que, hasta comienzos del siglo XX, infectarse una herida —por pequeña que fuese— podía significar la muerte.

Por eso los dinosaurios rinden verdadero culto a estos héroes callados de la historia, y a todos los hombres y saurios de pensamiento filósofos, artistas y científicos que han hecho su aporte a la cultura.

Los dinosaurios tienen sus propios héroesaurios, surgidos a lo largo de su historia; pero también admiran a los héroes humanos, compartan o no las ideas éticas y estéticas que sustentaron. Así, son tan dignos de respeto Confucio y su doctrina filosófica, como Einstein y sus teorías relativistas; Patanjali, padre del yoga, como Freud, creador del psicoanálisis; Tsiolkovsky y la cosmonáutica, como Cristo y sus parábolas; Wagner y su grandeza operística, como Quetzalcóatl y su misión civilizadora... La controvertida existencia de algunos de estos héroes no parece, preocuparles.

Lo importante —advierten— es su simbolismo.

Las escuelas, calles y plazas saurias jamás llevan el nombre de un guerrero, sino de bardos como Shakespeare y Colaviva, músicos como Bach y Croante, escultores como Miguel Ángel y Rudapata, filósofos como Marx y Soñadán... Estos son los grandes héroes de los dinosaurios, para quienes la sabiduría y la nobleza del pensamiento creador son los dones más preciados de toda especie racional.

Como puede verse, en esto último también superan a los seres humanos.

Cuento pedagógico

Esta es la historia que los psicólogos saurios recomiendan contar a los pequeños, cuando éstos presentan síntomas reiterados de anorexia (tomado del libro *La formación del símbolo en el pequeño saurio*, de Jean Piaget, p. 204).

Había una vez un dinosaurito que no quería comer. Detestaba los frijoles negros, las acelgas, el pescado frito, el jugo de limón, el helado de caramelo, los rábanos, el arroz blanco, el chorizo, el refresco de frambuesa, y cientos de cosas más. Sin embargo, adoraba las naranjas, el helado de chocolate, los mariscos, el merengue, el jugo de melocotón, los aguacates, el arroz con pollo, las lechugas, el queso derretido y las piñas. Sólo eso. Y si no le servían estos alimentos, no comía absolutamente nada.

Un día, su desesperada mamá consultó con un dinosabio que vivía en una gruta apartada, en las afueras de la ciudad. Éste le dio un polvo especial —suerte de sustancia hipnotizante—, y le aconsejó rociarla sobre la comida del pequeño. Así lo hizo ella. Y ese polvo mágico provocó algo inusitado: el arroz olía a naranjas y sabía a chocolate, las acelgas despedían un delicado aroma a pollo y eran tan sabrosas como el merengue, el efluvio del chorizo semejaba queso derretido y su sabor resultaba tan refrescante como el jugo de melocotón.

Desde entonces, el dinosaurito se sintió tan confundido que se comió todo cuanto le pusieron en la mesa, no sin que esto desarrollara en él una personalidad psicótico-disociativa, que con el tiempo se convirtió en esquizofrenia. Esto es lo que les sucede a todos esos dinosauritos que se portan mal, y no quieren comer cuando su mamá se los pide, como yo te lo estoy pidiendo ahora...

Auto-da-fe

¿Tienen los dinosaurios una religión?

La pregunta podría justificarse si los seres humanos no conocieran nada relacionado con el pensamiento saurio. Pero sucede que, habiendo tenido acceso a toda su filosofía, hasta el momento ha sido imposible responder a dicha interrogante.

Por un lado, no tienen nada que parezca una iglesia, centro de culto o templo; sólo algunas ruinas de antiguas catedrales. Sin embargo, cada pocos días se reúnen en pequeños grupos de individuos, que mantienen los ojos cerrados y balbucean frases incomprensibles.

Al indagar sobre las razones del misterioso ritual, nadie ha obtenido una respuesta clara. Tampoco ha podido aclararse si creen en la existencia de uno o varios dioses; o si no creen en nada.

Un ejemplo típico de la incomunicación entre saurios y humanos, con relación a estas cuestiones filosóficas, es este fragmento de diálogo entre un periodista humano y un conocido profesor de filosofía sauria, publicado en el periódico español *País de saurios*, hace algunos meses:

Periodista: —¿Creen los saurios en uno o más dioses?

Dinosaurio: —¿Dios? ¿Qué es Dios? ¿Podría darme una definición del mismo?... Porque, tal vez, yo le dé a esa palabra un significado distinto al suyo.

Periodista: —Bueno, digamos que es una entidad sin cuya voluntad no ocurren ciertos acontecimientos significativos para la historia humana; una entidad omnipresente en la naturaleza, con la facultad de crear y descrear a su antojo; una potencia espiritual que ilumina y reconforta... En fin, Dios.

Dinosaurio: —Usted se contradice, amigo mío. O su Dios es una voluntad que sólo participa en ciertos hechos relativos a la historia

humana, o es una entidad omnipresente en la naturaleza y se encuentra al tanto de todo. ¿En qué quedamos?

Periodista: —Le doy las dos opciones. ¿Creen ustedes en Su existencia?

Dinosaurio: —No me siento facultado para contestar en nombre de toda la especie; hay tantas opiniones como saurios. Así es que sólo puedo responder por mí. Creo, que los acontecimientos más significativos de nuestra historia tienen como causa única las acciones propias de los saurios. Creo en el libre albedrío del individuo. Sin embargo, también pienso que estamos rodeados de diversas fuerzas cósmicas, cuya esencia podría resumirse en una sola, por lo que su influencia en los acontecimientos es incuestionable.

Periodista: —Entonces, ¿usted piensa que esa Ley o Fuerza Suprema participa en los actos de los seres vivos?

Dinosaurio: —Ya le dije que las criaturas tienen libre albedrío. Nada ni nadie puede imponerles una acción.

Periodista: —Pero usted afirmó antes que creía en una Fuerza Suprema, causante de los diversos fenómenos y situaciones que pueden darse en el universo.

Dinosaurio: —Tal vez no supe explicarme. Existe ese «resumen» de fuerzas y leyes naturales, al que usted —no sé por qué— llama Fuerza Suprema...

Periodista: —Para mí eso vendría a ser un equivalente de Dios.

Dinosaurio: —Llámelo como quiera, pero le repito que las criaturas vivas son responsables de sus actos.

Periodista: —Entonces, ¿por qué decía usted que cree en esa Ley o Fuerza, resumen de todas, que a la larga sería la causante de los acontecimientos ocurridos y por ocurrir?

Dinosaurio: —Porque esas leyes existen; la ciencia es una prueba de ello. Si no hubiera leyes, resultaría imposible curar enfermedades, construir maquinarias o procesar alimentos... A la larga, cada una de esas leyes, el conjunto de todas, tienen su resonancia sobre los individuos.

Periodista: —¡Pero usted acaba de decirme...! Bien, enfoquémoslo de otra manera. ¿Diría usted que existe un Ser Supremo o, si prefiere, una Ley o Fuerza Suprema cuya sapiencia se encuentra por encima de todo y de todos?

Dinosaurio: —¿Qué entiende usted por sapiencia?

Periodista: —Pues... la facultad de conocer. Ese Ser o Ley o Fuerza tendría el conocimiento exacto de todo cuanto ha sucedido, sucede o sucederá.

Dinosaurio: —Antes dígame una cosa. ¿Diría usted que existe una ley que impide la unión del aceite con el vinagre?

Periodista: —Claro. La causa de que ambas sustancias no se mezclen, en condiciones ambientales normales, se debe a...

Dinosaurio: —¿Y afirmaría también que esa ley conoce la imposibilidad de que el vinagre se mezcle con el aceite?

Periodista: —Por supuesto que no. Ni el vinagre ni el aceite conocen en el sentido estricto de la palabra que no pueden mezclarse en condiciones ambientales normales; tampoco la ley o fuerza que lo impide puede saberlo. Conocimiento o sabiduría son facultades de las criaturas racionales.

Dinosaurio: —Entonces, ¿cómo pretende usted que conteste una pregunta tan idiota como la suya?

Periodista: —¿Perdón?

Dinosaurio: —¿Cómo se atreve a preguntarme si existe una Ley o Fuerza que conozca o sepa algo por encima de todo y de todos?

Periodista: —Yo me refería a un Ser Supremo, a Dios.

Dinosaurio: —Todo depende de lo que usted crea que es Dios, ¿Podría darme una definición clara del mismo?...

Casi todas las entrevistas y conferencias en torno a esta cuestión filosófica, son parecidas.

La mitad de la especie humana asegura que la religión de los dinosaurios posee características cuya singularidad está acorde con su compleja cultura. Otros opinan que los dinosaurios no creen en la existencia de Dios alguno, y que ni siquiera tienen una religión; alegando que su filosofía se basa en una compleja suma de

verdades, a la que algunos filósofos humanos han denominado «Canon del Sofisma Dialéctico», uno de cuyos mejores ejemplos es el diálogo anterior

Ternezas para un vampiro

Hace tiempo hubo una dinosauria que abrigaba un deseo tan secreto que ni siquiera ella conocía, pues se ocultaba en los pliegues de su subconsciencia: anhelaba ser un hada.

El deseo creció y creció, reprimido tras el muro que ocultaba esa ansia irracional. Cierta noche ocurrió lo que tenía que ocurrir: el deseo escapó, transformado en un vampiro de luz.

Aquel acontecimiento tuvo el efecto de un shock. La dinosauria salió rumbo al Valle del Espejismo, donde —como era de esperar— quedó convertida en hada, apenas penetró en él.

Años más tarde, el hada abandonó el Valle para visitar algunas ciudades humanas. En una de ellas, encontró al vampirito que había sido su deseo. Y, por supuesto, la afinidad entre ambos fue instantánea. Se convirtieron en inseparables compañeros de aventuras y conspiraciones, mientras deambulaban por las misteriosas calles.

Una de las pocas ternezas legadas a manos de los hombres ha sido la que ella escribió para su vampiro. El documento constituye una de las escasas pruebas sobre la presencia de estas criaturas en la zona del Caribe. En él también se menciona a otros personajes que, indudablemente, debieron formar parte del grupo de amigos presentes en la tradicional fiesta del Día de las Ternezas donde se leyó la carta. Sus extrañas cualidades han hecho pensar a los especialistas que se trata de seres que sufrieron mutaciones en el Valle del Espejismo.

Texto de la carta:

Más que una ternura, esta será una ternurita muy tierna,

Cuando era pequeña, siempre quise tener un vampirito de luz. Yo trataba de explicárselo a mis padres, pero ellos no entendían. Al cabo de muchos años de búsqueda, logré hallarlo al borde de mi

juventud. ¿Y saben qué cosa tan curiosa ha pasado? Pues que, luego de esta adquisición, he notado cierto halo de envidia que ha ido creciendo en torno a mí. Algunos piensan que ello se debe a mis manejos con la magia, o a otras razones más o menos esotéricas. Ni siquiera mis enemigos reconocen cuál es la verdadera causa de su envidia. ¡Y es tan simple! *Ellos no tienen vampiritos de luz.* Aunque lo han visto caminando, comiendo y discutiendo junto a mí, son tan ciegos que no se percatan. ¡Qué bueno es compartir el mundo con un cálido, amoroso y sensible vampirito de luz! Cuando andamos por la calle, cuchicheando como elfos malditos, la gente vuelve la cabeza para mirarnos. Veo en sus rostros la extrañeza de algo incomprensible que no logran desentrañar: un vampirito de luz y un hada perversa, deambulando por el corazón de la Habana, es algo que no se ve todos los días. Hacemos un reino de secretos con una muralla alrededor, y jugamos a entrar y salir de ella. La muralla tiene múltiples puertas. Su centro es misterioso y tiene forma de corazón: se trata de la Galaxia Fantasía, protegida por la muralla en cuestión. En cambio, el terreno exterior es parte del universo real, y está lleno de trillos y recovecos peligrosos, de entes demoníacos y malvados en acecho. Mi vampirito y yo los sorteamos con destreza. Que conste que no soy modesta, y reconozco mis poderes para enfrentarme a ellos, mientras trato de proteger a mi amigo... Y así vamos los dos por el mundo, compartiendo ternezas y ternuritas con otras amistades: un pececito con gafas, un flautista sordo y una curiosa sacerdotisa que cambia de sexo tres o cuatro veces al día.

Postdata con suspiro de emoción:

¡Ay, vampirito, si esto fuera un cuento de Andersen, podría enamorarme de ti!

Breviario del comportamiento saurio

Todos los pueblos tienen su propio lenguaje gestual. Los dinosaurios no son una excepción.

He aquí un pequeño glosario con algunas de sus actitudes más comunes; indispensable, además, si usted no desea cometer errores que puedan poner en peligro su vida:

1. La punta de la cola se agita un poco: Acaba de vislumbrar al ser amado.

2. La cola golpea la tierra y produce algún polvo: Indica posibilidad o perspectiva inmediata de compartir caricias con el objeto de sus amores.

3. La cola se mueve con violencia, levanta grandes polvaredas, desgaja las ramas de los árboles cercanos, y barre el suelo con vientos huracanados: Está a punto de iniciar el acto sexual.

4. (Este espacio corresponde al movimiento de la cola en pleno acto sexual; pero se encuentra en blanco porque no se conoce de ningún testigo que haya sobrevivido para describir la agitación de tan expresivo apéndice, en este íntimo momento).

5. Fosas nasales temblorosas: Significa «cuídate de los tuerros; están peligrosísimos» [1]

6. Mejillas bañadas con lágrimas azules: Un amor mal correspondido.

7. Un dinosaurio que corre desenfrenadamente a campo abierto, y da un salto colosal por encima de una ceiba, baobab o cualquier otro árbol semejante: Está practicando para los Juegos Saulímpicos.

8. Ojos semicerrados y sonrisa de Mona Lisa: El dinosaurio se encuentra en trance... no místico, sino digestivo. Por lo general, cuando estas criaturas ingieren grandes cantidades de mariscos — uno de sus manjares predilectos— caen en ese estado de complacencia nirvánica. Si desea pedirles cualquier cosa —desde

un original de Rudapata que vio a la entrada de su cueva, hasta un paseo en lomo—, este es el momento de solicitarlo.

9. Una dinosauria recostada al tronco de un árbol: Ignórela. No está sufriendo mareos, ni desmayos, ni tiene la presión baja. Está pasando las consecuencias del «síndrome de la aceituna».

10. Lleva una corona de flores en la cabeza, y recita: «...*There's rosemary, that's for remembrance: pray you, love, remember: and there is pansies, that's for thoughts*»: Este fragmento del monólogo de Ofelia, dicho por quien lleve ese atuendo floral, sólo puede indicar dos cosas:

- a) El dinosaurio se dirige a una función de teatro; o
- b) El dinosaurio va a suicidarse.

Hay que ser un verdadero dinosaurio para poder distinguir cuál es la intención del (o de la) recitante. Para cualquier otra criatura es imposible conocer el propósito real, a menos que se desvíe de su ruta y vaya tras él (o ella) para ver en qué acaba todo.

11. La misma dinosauria que antes vio recostada al árbol, y que ahora extiende su mano en actitud implorante: Significa «quiero otro orgasmo; regálame una aceituna».

12. Humo saliendo por las fosas nasales: Alguien ha robado su libro de cabecera favorito.

13. Ruge como un león enfurecido: Interrumpieron su telenovela favorita —«La Bella Horizontal»— para anunciar que hubo un terremoto a diez mil kilómetros de allí.

14. Camina dando salticos, mientras silba «La cucaracha»: Logró que su suegra recogiera las maletas y se fuera a vivir del otro lado de la Montaña Draco.

[1] Aún no hemos podido averiguar qué son los tuerros. Algunos aseguran que se trata de unas aves pavorosas, que viven cerca de los pantanos, y que se alimentan de carne; otros, por el contrario, sostienen que los tuerros son una tribu de criaturas semi-racionales que cada cierto tiempo, adquieren un virus semejante a la rabia, cuyo síntoma principal consiste en la obsesión por atrapar a otros seres vivos, amarrarlos al tronco de un árbol, y azotarlos un poco

antes de darles nuevamente la libertad. Lo Sociedad de Masoquistas Frustrados (SOMAFRUST) ha organizado una verdadera redada, en un desesperado intento por localizar a dicha tribu. Sin embargo, las autoridades aconsejan, a quienes no pertenezcan a esa organización, que tengan cuidado con los tuerros, sean lo que sean.

Réquiem

Cuando un dinosaurio muere, se produce un desconcierto general. Tal actitud podría parecer extraña entre seres humanos, para quienes esto constituye motivo de dolor o de fiesta —según la cultura del occiso—. Pero entre los dinosaurios, la muerte no provoca lo uno ni lo otro.

Los tres primeros días posteriores al fallecimiento, sus amigos y familiares suelen desfilar junto al féretro para amonestarlo con severidad. Las frases de rigor suelen ser variaciones de: «¿Estás loco? ¿Cómo se te ocurre morirte ahora?»; o bien: «¡Debería darte vergüenza! ¡Tan grande y tan gallina!» La indignación no es simulada, sino real. Entre los dinosaurios, morir es de muy mal gusto.

Al cabo de ese tiempo, cargan el ataúd en hombros; pero no lo llevan al cementerio... Los cementerios de dinosaurios no existen. Entre todos, lo conducen al Valle del Espejismo.

Una vez allí, colocan el ataúd sobre una plataforma con ruedas y lo impulsan para que penetre lo más profundamente posible en el corazón del Valle. Por lo general, la mayoría de los acompañantes se retiran a sus cuevas; aunque otros permanecen en vela toda la noche, aguardando el amanecer para asistir a su metamorfosis.

Nunca es posible predecir en qué se convertirá un dinosaurio muerto: una mariposa, un árbol, o el mismo dinosaurio que era antes, ahora vivo. Pero sea cual sea el desenlace de la ceremonia, nunca es motivo de lágrimas ni disgustos.

Los dinosaurios son muy filósofos. Su máxima «mientras hay vida, hay esperanza» es de una validez casi religiosa.

Clarividencia

Este es uno de los casos más famosos y paradójicos de premonición en la historia sauria, según aparece en el libro del doctor Lizardo Bacon, titulado *El Espejo de los Dinosaurios: tratado sobre los fenómenos paranormales en el Medioevo*, pp. 407-408.

Aqualila hizo su primera profecía al cumplir los tres años. Jugaba en el fondo de la cueva, cuando de pronto empezó a gritar: «¡Afuera, afuera!» mientras señalaba hacia el exterior. Sus padres cargaron a la criatura y salieron para ver qué ocurría. En ese instante, el techo de la cueva se desplomó, aplastando a Kuruza —la ranita mascota de la familia—, que había quedado adentro.

Desde ese momento, Aqualila se dedicó a vaticinar catástrofes y cataclismos, y —lo más extraordinario— festejos y dichas... Esto último fue verdaderamente raro, pues es sabido que los profetas siempre se han especializado en augurar desgracias, como si no hiciera falta también un poco de alegría a los infelices seres vivos.

De este modo, la dinosauria anunció la terminación de cuatro guerras —que, en aquel entonces, todavía abundaban—; la llegada de lluvias tras un largo período de sequía; el descubrimiento de una vacuna; el natalicio de dos músicos —incluyendo el tipo de composiciones que harían—; siete inventos relacionados con la química, los medios de transporte, la industria textil y las máquinas de escribir; la aparición de nueve ciudades que se erigieron después de su muerte; los títulos de trece libros —con una sinopsis del tema y los datos biográficos de cada autor— que se escribirían siglos más tarde; y el sitio exacto del cielo donde estallaría una nova... Además, como toda pitonisa que se respete, predijo la llegada de

diez terremotos, cinco invasiones, cuarenta y cuatro muertes, doce plagas y la caída de un imperio.

Sin embargo, nada de eso sirvió para evitar que resbalara mientras cruzaba un puente, contrajera cinco enfermedades contagiosas, se jorobara un tobillo, le cayera una teja en la cabeza, y saliera embarazada en un momento muy inoportuno. Tampoco sus habilidades fueron un obstáculo para que sus amigos la sorprendieran en cualquier momento de su vida, regalándole un total de dieciocho libros, cinco vestidos, tres sombreros de plumas, dos esculturas, y celebraran un asalto inesperado el día de su cumpleaños.

Su fecunda vida dio origen a la frase: «En casa de bruja, varita de palo.»

Declaración de independencia

Los dinosaurios son criaturas difíciles de sugestionar. Ante todo, porque su naturaleza es esencialmente libre, y sólo creen aquellas cosas que ellos mismos deciden, después de consultar las fuentes más diversas y contradictorias. Se dice que es tan difícil encontrar a un católico ateo como a un dinosaurio dogmático; ambas concepciones son contrasentidos de imposible existencia.

Los dinosaurios escuchan y analizan lo que argumentan los contrincantes de una discusión, antes de emitir su juicio... que, por lo general, nunca concuerda con uno u otro bando. Los dinosaurios son librepensadores, libresentidores y libreexperimentadores. Son criaturas que aborrecen el fanatismo en todas sus formas y manifestaciones. Y resultan especialmente incrédulos ante cualquier aseveración que pretenda erigirse como verdad absoluta. Nada ni nadie podrá lograr nunca que uno de ellos otorgue su voto de confianza para una empresa en la cual no tiene fe, aunque le obliguen por la fuerza o las amenazas.

Algunos astrólogos humanos han llegado a afirmar que los dinosaurios no responden con exactitud a la división de los elementos aire, agua, tierra y fuego, comunes al resto de las especies racionales; y proponen crear la categoría de plasma para estas criaturas.

Esto demuestra la fuerte personalidad que poseen frente a ojos ajenos; y también explica por qué razón su comportamiento choca tanto con ese espíritu imitativo, y en ocasiones servil, al cual se ha acomodado el ser humano común.

El romántico

Era un dinosaurio romántico.

Le gustaban los días lluviosos, el perfume de nardos y las películas de Greta Garbo. En las noches de luna llena, subía a la azotea de su casa y observaba el giro de la bóveda celeste. Anhelaba una muerte heroica, combatiendo en una feroz batalla medieval, al son del corno y el silbido de las flechas. Sólo así podría ser llevado al Valle del Espejismo, en un ataúd con forma de drakkar vikingo, del cual esperaba resucitar convertido en dragón, como su lejano antecesor Balrug, y volar así al Walhalla de sus antepasados.

Los cazadores de abuelos

El concepto de «cazar abuelos» podría sonar extraño a los oídos de otras especies, pero entre los dinosaurios ésta es una ocupación corriente.

Los abuelosaurios suelen extraviarse a cada rato y continuamente hay que salir a buscarlos. Como la familia no puede pasarse todo el día en eso, han surgido grupos de voluntarios que se dedican a traerlos de vuelta al hogar.

Las razones por las cuales se pierden son muy numerosas. Sin embargo, un reciente estudio realizado por la Universidad de Saurisia concluyó que sus principales causas son:

- 1- Marchan rumbo a un lugar aún no determinado, con el fin de perfeccionar sus facultades psíquicas.
- 2- Salen a buscar pareja.
- 3- Van a pescar las voces que caen en lagos y ríos, ya que con ellas confeccionan unas simpatiquísimas figuras que ningún dinosaurio de menos edad logra hacer.

Éstos y otros motivos, más o menos reiterados, provocan las múltiples desapariciones que han dado origen a tan noble profesión.

Ser cazador de abuelos es uno de los oficios más respetados en la comunidad sauria.

Fantasmagórica

Todo dinosaurio, respetable cree en los fantasmas.

Y no sólo eso. Los dinosaurios poseen, una ciencia dedicada a su estudio: la espectrología.

El país de los dinosaurios está regido por leyes naturales, distintas a las que imperan en el mundo de los hombres. Por ejemplo, su Física reconoce diez dimensiones. La presencia de ocho ha sido comprobada ya experimentalmente, mientras que las dos restantes se apoyan en teoremas demasiado complejos para la escasa sabiduría humana.

Los espectrólogos aseguran que los fantasmas se mueven en tres de las diez dimensiones conocidas. En realidad, no se trata de espíritus —como sustentan algunos humanos— sino de fenómenos extraordinarios cuyos efectos son perceptibles en el mundo denominado «real». Sin embargo, las causas que los originan son diversas entre sí.

Para su estudio, los fantasmas han sido divididos en tres grupos, de acuerdo con su origen:

1- *Criaturas trans-dimensionales*: Existe un universo paralelo al país de los dinosaurios, cuyas leyes físicas son distorsiones de las que se conocen. Aunque todavía no ha podido establecerse contacto con las criaturas que lo habitan, de vez en cuando, y por razones aún sin esclarecer, algunas de ellas trasponen el umbral que separa ambos sitios y aparecen ante los dinosaurios. Estos encuentros son esporádicos y constituyen la minoría de los casos reportados.

2- *Entes materiales insustanciales*: Se ha descubierto cierta dimensión donde las ideas adoptan formas caprichosas, convirtiéndose en criaturas con voluntad propia, sin que hasta el momento se conozcan todos los códigos que transforman —

digamos— un sueño en una garra azul que flota a la deriva, o algún deseo en el sonido de una voz misteriosa. Los espectros pertenecientes a esta categoría tienen libre albedrío y pueden actuar con independencia y raciocinio, variando sus impulsos según las circunstancias externas. Esta dimensión —llamada «metauniverso» por los humanos— tiene, sin embargo, una estructura con connotaciones profundamente dialécticas, cuyas complejidades se encuentran fuera del alcance cognoscitivo de la humanidad.

3- *Grabaciones*: Por último, existe una tercera dimensión, donde ciertas partículas —denominadas saurones— logran captar emociones o sucesos de carácter importante para la psiquis saurín. Según los expertos, la mente de los dinosaurios irradia una energía que «impresiona» estas partículas, del mismo modo que la luz incide sobre una película virgen para dejar imágenes. En la antigüedad, casi todas las emociones se relacionaban con hechos de sangre —guerras, asesinatos, e injusticias muy afrentosas—, por lo cual la mayoría de los fantasmas llegados hasta el presente pertenecen a dinosaurios que murieron de amor, a escenarios de cruentas batallas, o a víctimas mutiladas que claman venganza. Esta clase de fenómenos carece de libre albedrío, pues se trata de imágenes que se limitan a repetir una y otra vez, como un disco rayado, la acción trágica que se imprimió en las partículas saurónicas.

Esto es, a grosso modo, un resumen de las tres categorías «fantasmales» registradas en el Archivo Central del Instituto de Fenómenos Espectrales, en la capital sauria.

Aunque los seres humanos han acogido con sonrisas de condescendencia estas teorías, los espectrólogos saurios aseguran que la especie humana está al borde de un descubrimiento transcendental en el campo de la Física, que obligará a los actuales «cazafantasmas» a convertirse en respetables científicos.

Involución

Aquella mañana, el dinosaurio se despertó temprano y —como todos los días— puso el tocadiscos para oír un poco de música.

Un Bach dulcemente temperado inundó la cueva. El dinosaurio arrugó el hocico y cambió el disco: los nibelungos invadieron el recinto. A los cinco minutos puso otro; y, en menos de media hora, ya habían transitado por allí Mozart, Ravel, Albinoni, Verdi, Pachelbel, Orff, Mendelsohn, Haendel... Por una extraña razón, no deseaba escucharlos. Entonces decidió escoger algo distinto; probó con Ravi Shankar, luego unos cantos gregorianos, después Rick Wakeman, y más tarde el Coro del Tabernáculo de los Mormones. Fue como si estuviese sordo.

Preocupado, salió de su cueva. La brisa de la montaña bajaba a raudales después de atravesar el bosque. El dinosaurio aspiró aquel perfume a jazmín y a nardos, a naranjas y a limones; pero no experimentó ningún placer.

Caminó descalzo hasta el manantial y se lanzó a nadar cerca de la cascada. Las aguas frías lo acariciaron. Sumergió su rostro en el líquido y abrió los ojos para ver el fondo: peces de colores jugaron entre las piedras musgosas. Pero el espectáculo no le produjo ninguna sensación.

Salió a la orilla; y contempló el cielo, los pastos siempre verdes, el bosque neblinoso, las cumbres nevadas; y escuchó el canto de los pájaros, la caída del agua, los árboles murmurantes, el relincho de las bestias... Ninguna belleza lo conmovía.

Vio una estaca en el suelo y sintió deseos de golpear con ella. Entonces la tomó entre sus garras, que cada vez se parecían más a dedos humanos...

Juegos Saulímpicos

Cada año se celebra la Semana de los Juegos Saulímpicos, a la que asisten competidores de todas partes. Los atletas deben inscribirse con tres meses de antelación en disciplinas deportivas que varían de acuerdo con el participante.

Entre los dragones, los deportes más populares son:

1) Ballet aéreo: Los dragones y las dragonas muestran sus dotes danzarias en este bellísimo espectáculo; sin duda, el más hermoso de los Juegos Saulímpicos.

2) Fuego a distancia: Se colocan banderas de tela, una detrás de la otra, alineadas en un terreno llano. El dragón deberá poseer pulmones poderosos para lograr incendiar el mayor número posible de banderitas. Aquel que logre quemar las más lejanas, será el vencedor.

3) Vuelo: Es una simple carrera aérea, donde gana el más veloz.

4) Vuelo acuático: Especie de vuelo submarino, cuyos pormenores son seguidos a través de un equipo de televisión situado bajo el agua.

5) Vuelo combinado: Es una mezcla de los dos anteriores. Los atletas comienzan su recorrido volando, luego continúan bajo el agua, más tarde vuelven a emerger, y así sucesivamente. En cualquiera de las tres modalidades de vuelo se compite contra reloj.

Los dinosaurios pueden optar por:

1) Lanzamiento con la cola: Consiste en perseguir un blanco móvil a través de un terreno con obstáculos, mientras se lanzan piedras de distinto peso y tamaño para ver quien acierta primero. El blanco móvil puede ser lo mismo un dinosaurio que un ser humano, en dependencia de la piedra que deberá caerle encima.

2) Búsqueda individual: Como ya se sabe, en el país de los dinosaurios existen tres zonas misteriosas que siempre están

cambiando de lugar; y este deporte —uno de los más temerarios de los juegos— consiste en localizar cualquiera de estas zonas, penetrar en ella, y después salir de allí llevando consigo una prueba que lo testifique. Las puntuaciones se dan de acuerdo con la zona conquistada. Por orden creciente de importancia son: el Bosque Iluminado, el Valle del Espejismo y la Montaña Draco, siendo esta última la de mayor peso, pues nada se considera tan peligroso como una incursión al universo de los humanos.

3) Búsqueda por relevos: Persigue lo mismo que el anterior, sólo que el rastreo de las zonas es realizado por un equipo de cinco dinosaurios que se relevan en su tarea.

4) Mutación triple: Trata de establecer marcas contra reloj en la velocidad del tiempo requerido para cambiar de coloración.

5) El abuelo escondido: Es un deporte para especialistas, y sólo participan los cazadores más experimentados. Como su nombre lo indica, saldrá vencedor el primero que encuentre a un abuelo previamente oculto en algún sitio inaccesible y secreto. El trofeo consiste en un abuelito o abuelita con dotes especiales para contar historias fabulosas o cocinar cenas espléndidas¹.

¹Para mayor información sobre los Juegos Saulímpicos, consúltese el *Anuario Sauridas*, tomo 32, edición No. 4340.

El placer de ser violada

Tomado del Semanario cultural *El látigo de Masoch*, vocero oficial del SOMAFRUST (Sociedad de Masoquistas Frustrados).

En los últimos días, la prensa nacional se ha hecho eco de uno de los acontecimientos artísticos más importantes de la temporada. Se trata de la 20ª edición de la novela *El placer de ser violada*.

Escrita bajo el seudónimo de Justine —lo cual hace suponer que su autor es un ser humano, pues ningún saurio se ocultaría bajo un nombre falso—, la obra vio la luz por primera vez hace siete meses. Con la presente edición, el número de ejemplares acaba de alcanzar la respetable cifra de cinco millones, para establecer el mayor récord de venta de todos los tiempos.

La novela —que está provocando los más acalorados debates en el mundo cultural humano— narra la historia de una criatura femenina que cambia su naturaleza —de mujer a dinosauria, y de dinosauria a mujer— cada 28 días aproximadamente, siguiendo el ciclo lunar. La mutación siempre coincide con la luna llena; momento en que la mujer o sauria, urgida por un instinto imposible de evadir, sale en busca de una presa. El aspecto desvalido de la protagonista hace que su víctima caiga en la trampa y la persiga hasta su guarida. Una vez allí, ella se las arregla para ser violada sin que el incauto pueda escabullirse.

Todo esto ha provocado un gran escándalo en la población humana, que se niega a aceptar la existencia de una aberración semejante. Claro está, los humanos les temen a estas cosas porque se conocen demasiado bien... y a nadie le gusta que le recuerden sus defectos.

En cambio los dinosaurios —incapaces del menor asomo de violencia y, por tanto, libres de complejos de culpa— encuentran estas obras muy útiles, ya que arrojan luz sobre el comportamiento y la psicología de la mente racional.

Luego de la primera edición del libro, la Universidad de Saurisia decidió abrir una cátedra especializada en Erotismo donde se estudian todas sus implicaciones históricas y filosóficas, tanto desde el punto de vista fisiológico como psicológico.

Entre las asignaturas del Curso Básico, se encuentran; Onirismo y Mensajes del Inconsciente, Fantasías Eróticas y Acupuntura del Sexo. El curso avanzado comprende, entre otras: Historia Universal de la Aberración, Uso y Abuso de la Cola, Tipología de los Nudos, y Dialéctica del Sado-Masochismo.

La matrícula del presente curso concluirá a finales del próximo mes.

«Cantos del Golem in Vitro», y otros poemas saurios

La antigüedad de la poesía sauria se calcula en millones de años. Aunque al principio fue una sola mezcla de estilos, con el tiempo se dividió en dos vertientes: la dracónida y la dinámica —ambas con características propias.

En el aspecto formal, la poesía dracónida —cuya nominación se debe al amplio desarrollo que ha alcanzado entre los bardos de la Montaña Draco— suele tener una rima constante, que culmina en una asonancia final con el objetivo de resaltar la idea del último verso. Un ejemplo típico se encuentra en esta cuarteta:

*...Por mucho que rogaras,
si el lago no surcaras
y lienzos devoraras,
quebrantando a tu señor...*

*(Letanía de los Siervos Mestizos, siglo 446,
Temprano Medioevo.)*

Sin embargo, dicha rima no es una constante. Casi siempre resulta más fácil reconocer un texto dracónido por su elevado acento lírico, cargado de imágenes surrealistas y, en ocasiones, esotéricas, como ocurre en éstas líneas del Renacimiento Draco:

*...Si canto sobre tu lápida de fuego,
algún inusitado clamor viene a turbar el silencio
conque entornas las alas para cubrirme...*

(Manual del Lecho en Brasas, siglo 780.)

El gusto por lo arcano y lo oculto se maneja con fuerza en la poesía dracónica medieval, como puede apreciarse en el siguiente fragmento, hallado entre los papeles del alquimista Zulangel:

*...Hace frío a deshora
y un insecto devora
el manual de hechicería...*

(*Cantos del Golem in Vitro*, siglo 513, Medioevo Tardío.)

O en las célebres *Premoniciones*, de la dragona Marlandia:

*...Moriré arropada en el ala de un fénix,
soñando gusanos míticos que nunca conocieron
mariposales vientos.
Moriré abrazada al cuerpo de un unicornio,
mi rostro perfumado con aliento de dragón...*

(*Op. Cit.* siglo 699, Medioevo Tardío.)

Por el contrario, la poesía dináurica se reconoce por esa carga bucólica y profana tan típica de los dinosaurios, sus más fervientes cultores. En este sentido, los versos suelen ser mucho más directos en relación con los asuntos de la vida cotidiana, como la muerte, el placer, la soledad, y otros. Uno de sus más famosos ejemplos es el poema *Orgía*, adjudicado al bardo Zoarios, muy conocido por este fragmento:

*...Me desnudo en el suelo corrompido
más cerca de ti,
tu rostro encumbrado
y la boca pan de cobre.
Quedaré a la buena del día
bebiendo el vino verde de tu sangre,
y a la sombra de este charco tan
limpio levanto mi copa iluminada
en honor a los tiempos que se anuncian...*

(Tratado de los Cuerpos, siglo 795, Renacimiento.)

Varias muestras típicas del estilo dináurico se encuentran en la compilación realizada por el Instituto de Investigaciones Lingüísticas de la Academia de Lenguas Saurias, a partir de los textos hallados en las ruinas de Saurarmanda, donde cada idea mantiene el tono admonitorio de los aforismos:

*...Cuida de tu propia sangre
como harías con tus hijos
en tiempos de desastre...*

(Consejos para mi Amante, siglo 518.)

El estudio de la poesía es uno de los aspectos más reveladores de cualquier cultura. De ahí que los investigadores humanos continúen afanándose por comprender y desentrañar cada metáfora de la lírica sauria.

—Mientras más paja separemos del grano —aseguran—, más fácil será encontrar la clave para comprender a esta especie.

Pero, como dijo un dinosaurio:

—Los humanos jamás podrán entendernos, porque ni siquiera han aprendido a conocerse a sí mismos. Ya sabrían esto, si hubieran prestado más atención a sus propias escrituras antiguas, como aquel Upanishad donde se lee: «Esto es un todo; también eso otro es un todo. Si lo restas todo de un todo, queda un todo.»

La leyenda del corazón perdido

La fisiología de los dinosaurios ha sido estudiada, analizada, discutida y revisada por los seres humanos... Por supuesto, a los dinosaurios no les interesan estas cosas. Pero los seres humanos necesitan conocerlas para seguir existiendo.

Casi todos los enigmas relacionados con la biología sauria han desaparecido... Casi todos, excepto uno: nadie ha podido saber cómo es su corazón. Y esto se debe a una razón muy simple: a pesar de las numerosas autopsias —previa donación con fines investigativos— y de las incontables placas de rayos X realizadas a dinosaurios vivos, no han podido encontrar ninguno... Sencillamente, el corazón no aparece.

Y no cabe duda de que existe. Basta acercarse un poco a cualquier dinosaurio para sentir el inconfundible eco rítmico contra las paredes de carne.

Algunos aseguran que se ha cometido un error al intentar buscar ese órgano como si se tratara de un músculo más. Otros rumores llevan el sello de las leyendas.

Existe una antigua tradición que proviene de la Edad Media Sauria (época en la cual proliferaron los encantamientos y los embrujos), donde se da una fórmula —la única existente hasta el momento— para poder verlo: cualquier noche de luna llena busque a un dinosaurio dormido bajo las estrellas y colóquese de manera que éste se interponga entre usted y el astro nocturno. Los rayos formarán un halo mágico en torno a la silueta del durmiente, y sólo entonces se podrá ver su cuerpo inmenso, como una montaña amorfa y pacífica, latiendo suavemente al ritmo de la sangre.

Claro está, los científicos humanos son demasiado serios para dar crédito a semejante mito. Por lo cual es muy probable que

continúen buscando el corazón de los dinosaurios, sin éxito alguno, durante los próximos milenios.

Jueves 12 (Primera parte)

Una vez, cuatro dinosaurios decidieron alquilar una casa: pasarían un fin de semana entre los humanos.

El grupo estaba compuesto por una pareja de novios —Gracia y Bonito—, una joven viuda nombrada Ágata, y un bellissimo mancebo a quien todos llamaban el Monstruo, debido a su peculiar carácter.

Aunque los cuatro poseían personalidades muy disímiles, se llevaban a las mil maravillas.

Los amigos hicieron su equipaje y salieron rumbo al anillo de vegetales que rodea la Montaña Draco. Pudieron localizarlo al tercer día de búsqueda, luego de habérseles escapado de entre las patas por más de seis veces; finalmente penetraron en él, y enseguida fueron trasladados a la dimensión donde habitan los seres humanos.

Tan pronto llegaron se dirigieron a la casa —una moderna vivienda situada en la cima de una colina—, que se protegía de los intrusos gracias a un muro de ladrillos y una reja con doble candado. La casa había sido acondicionada con el fin de recibir huéspedes de gran tamaño. Escaleras, pasillos, duchas y dormitorios, prolongaban sus paredes y techos más allá de lo que cualquier ser humano hubiera calificado como familiar. Sin embargo, para los dinosaurios el espacio resultaba más bien estrecho.

La pareja de novios ocupó una de las dos habitaciones del piso superior; la viuda se instaló en la situada frente a aquella; y el Monstruo prefirió ocupar el único dormitorio de la planta baja.

Dos viejecitos —que entraban a la casa por la mañana y se marchaban después del mediodía— se ocupaban de preparar el almuerzo y de limpiar el polvo.

La primera noche, luego de cenar, Bonito subió a su cuarto.

El resto de los comensales siguió la sobremesa, hasta que un grito proveniente del piso superior los paralizó a todos: Bonito volaba escaleras abajo y, al llegar, se dejó caer sobre una silla. Hubo que darle fricciones y masajes, antes de que pudiera recuperarse y contar que, al pasar por delante del cuarto de Ágata, algo o alguien había golpeado la puerta como si quisiera salir. Ágata le aseguró que eso no era posible, pues había cerrado bien todas las ventanas, e incluso la puerta de la habitación con llave, antes de bajar a comer; y le dijo a Bonito que no inventara pretextos para evitar cepillarse los dientes. Sin embargo, él se negó a subir.

Como nadie estaba dispuesto a pasar la velada con un dinosaurio poco aseado, acordaron acompañarlo.

Luego de subir la escalera, Ágata abrió su habitación con una llave que sacó del bolso, y comprobó que:

1º) Allí no había nadie.

2º) Las tres persianas estaban tan herméticamente cerradas por dentro como lo había estado la puerta, hasta que ella la abrió.

3º) Había un olor espantoso en la habitación, porque todos habían olvidado limpiarse los zapatos antes de entrar en la casa, luego de haber pasado por un sitio donde había decenas de vacas.

Los dinosaurios se quitaron los zapatos y, por si acaso, decidieron lavarse los dientes en grupo. El Monstruo recordó que había dejado su cepillo abajo y pidió a Ágata que lo acompañara, mientras la pareja de novios se quedaba en su propio dormitorio.

Ágata bajó cepillo en mano y, aprovechando que el Monstruo buscaba entre sus cosas, decidió lavarse en el baño de su amigo.

De pronto, sintió una presencia tras la cortina de la ducha. Se acercó a la bañera y abrió de golpe la cortina. Nada. Atribuyó todo eso a sus nervios, y terminó riéndose de sí misma.

Cinco minutos más tarde, cuando el Monstruo entró al baño, la cortina estaba nuevamente corrida y el sintió la misma impresión que antes había sobrecogido a la viuda. El dinosaurio se aproximó con sigilo y abrió la cortina, pero tampoco descubrió nada. Todo le pareció tan absurdo que prefirió no confesárselo a nadie.

A las diez de la noche, los dinosaurios se reunieron en el vestíbulo para ver la televisión. Se encontraban a sus anchas, sobre todo, porque ya se habían lavado los dientes... (*continuará*)

Juego

El pequeño dinosaurio sintió cosquillas en la nariz. El aroma dulzón de las golosinas llenaba el viento de la tarde. De puntillas se acercó al Horno abierto de su madre, husmeó el interior, miró en torno, sacó dos panecillos polvoreados con canela y los envolvió con cuidado en un papel. Después salió con paso apresurado por la puerta de su casa, llevando su fragante botín hasta el pie de una colina.

Antes de desenvolver el paquete, lo colocó frente a sí, concentró su mirada en él y al cabo de unos minutos lo abrió.

La metamorfosis había sido un éxito. Los panecillos saltaron a la brisa convertidos en mariposas doradas, cuyas alas rociaron la yerba con un polvo oloroso a canela.

Jueves 12 (Segunda parte)

...Al día siguiente de su llegada a la señorial mansión, los cuatro amigosaurios se prepararon para hacer una excursión por los alrededores. La anciana que atendía la cocina había servido el desayuno, mientras su esposo barría el portal y sacudía los antepechos de las ventanas.

Los excursionistas comieron con apetito, antes de abandonar la casa.

Toda la mañana anduvieron explorando cuevas y bañándose en una cascada. Por el camino se cruzaron con dos o tres lugareños, que apenas respondieron sus saludos. Al regresar, comprobaron que el matrimonio les había dejado el almuerzo y la cena preparados. Comieron con el mismo apetito de siempre, y salieron otra vez con la intención de visitar el pueblo vecino. Volvieron muy entrada la noche, cerca de las nueve.

Mientras Bonito buscaba la llave, algo llamó la atención de Ágata, quien dijo:

—¿No habíamos dejado los sillones contra la pared?

Entonces notaron que un sillón se balanceaba ligeramente, como si un ente invisible lo ocupara. No había brisa, y Ágata hizo un comentario al respecto; pero el Monstruo aventuró que tal vez había soplado alguna ráfaga sin que ninguno se percatara. Además, nadie podía recordar si el dichoso sillón había estado o no en aquella posición cuando ellos abandonaron la casa. Como el incidente no parecía tener la menor importancia, volvieron a colocarlo junto a los otros, y entraron.

Fueron a sus respectivos cuartos para bañarse, afeitarse, perfumarse o maquillarse —según sus hábitos personales—, antes de cenar.

Mientras se desnudaba, Ágata tuvo la sensación de que era observada a escondidas. Por supuesto, no había nadie en el cuarto de baño, ni en el dormitorio, por lo cual desechó el pensamiento y terminó su toilette sin darle más vueltas al asunto.

Por su parte, el Monstruo volvió a sentir aquella rara sensación que parecía aguardar tras la cortina, sin que tampoco gastara dos minutos de su tiempo en ocuparse de ella.

En cambio, cuando Bonito fue a bañarse —Gracia le había cedido el primer turno—, casi pegó un grito al entrar en el baño: una atmósfera maligna y expectante parecía agredirlo desde aquella habitación forrada con azulejos... Bonito se negó a bañarse solo. Gracia accedió a acompañarlo, creyendo que sus aspavientos sólo eran pretextos para otro tipo de juegos; pero se llevó un chasco enorme, porque Bonito terminó lo más rápido que pudo y salió. Cuando quedó sola, Gracia comenzó a experimentar una extraña opresión que la hizo desistir de un baño prolongado.

Finalmente, los cuatro dinosaurios bajaron al comedor, sacudiendo los cimientos de la casa con sus pisadas atronadoras, y dieron buena cuenta de la cena, haciendo gala de su habitual apetito de pirañas... (*continuará*)

El coleccionista

Lovato era uno de los mejores cazadores de abuelos en toda la región saurín, famoso por su gran intuición y sus rápidas reacciones. Con el tiempo, pareció perder sus facultades, y pronto lo consideraron un incapaz que no podía traer de vuelta a nadie.

En realidad, el dinosaurio se había aficionado tanto a sus presas que, en lugar de entregarlas, prefería conservarlas. Así logró una impresionante colección de abuelitos, que guardaba muy bien ordenados en una vitrina, alimentándolos y cuidándolos con esmero.

Jueves 12 (Tercera parte)

Los cuatro amigosaurios conversaban, luego de haber apagado la televisión. Ágata se excusó un momento y subió a1 cuarto. Tres segundos después, bajaba dando gritos para decir que las gavetas de su tocador se abrían y cerraban solas, y que por nada del mundo dormiría allí.

En ese instante, el Monstruo se fijó en un cuadro que colgaba de la pared:

—Señores —dijo con su habitual parsimonia— ¿ustedes no se han dado cuenta de una cosa?

Como era evidente que nadie lo sabía, continuó:

—Ayer por la noche había un hombre en aquel cuadro, y hoy no está.

Bonito contempló la pintura un instante, y opinó:

—¿Tú estás seguro? A mí me parece que había una carreta, no un hombre.

—Yo no sé si era una carreta, un hombre o un elefante —intervino Ágata, olvidando por un instante el asunto de las gavetas—. De lo que sí estoy segura es que había menos árboles.

—Me parece que todos están histéricos —dijo Gracia—. Deberíamos irnos a dormir, antes de...

Entonces el Monstruo ahogó una exclamación.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Gracia.

—¡Ese perro! —y señalaba una figurita de yeso que adornaba una pequeña mesa—. Hoy por la mañana no tenía esa expresión...

—¡Y miren el cisne! —gritó Ágata, al borde del paroxismo, señalando la porcelana que parecía abrir sus alas sobre el cristal de la repisa.

Se hizo un silencio absoluto. Ésta vez, era imposible dudar sobre aquel sentimiento de horror que les inspiraba la figura: tenía una

expresión malévola, cruel, demoníaca, y parecía mirarlos con sorna.

Llenos de miedo, los amigosaurios corrieron por la escalera hasta el piso superior. Se detuvieron en el rellano, jadeando frente a las dos habitaciones.

—¿Cómo haremos para dormir? —preguntó el Monstruo—. La casa está llena de entidades malignas.

—Ya sé —repuso Ágata, triunfante—. Hagamos lo que *jamás* se hace en los filmes de horror.

Todos la miraron sin entender.

—¡Claro! —continuó ella—. ¿Por qué siempre terminan descuartizando a la gente en esas películas?... Porque los protagonistas son tan cretinos que, en vez de andar juntos se separan. ¡Ahí mismo aprovecha el fantasma para picarlos en tronchos!

—¿Entonces...? —aventuró alguien.

—Gracia y Bonito dormirán en su cuarto —decidió Ágata—. El Monstruo y yo dormiremos en el mío.

El Monstruo fue a protestar, pero ella continuó imperturbable:

—Hay otra cama, aparte de la mía. Además, no pienso violarte.

Con lo cual, el Monstruo se tranquilizó.

En realidad, Ágata no pensaba violar a su amigo; sino, más bien, seducirlo. Sin embargo, cuando ambos se acomodaron en sus respectivas camas y apagaron las luces, un soplo helado azotó sus rostros y cada uno se arrebujó más entre las sábanas. Los dos sintieron una presencia ajena en el lugar; pero prefirieron no decir nada, por temor a que el otro lo acusara de alarmista. Se durmieron agitados por extraños sueños, y a las tres de la mañana se despertaron de improviso. Ágata se sentó en su cama, dispuesta a meterse bajo la de su amigo —aunque sin segundas intenciones—; pero la voz de él la tranquilizó:

—¿Qué te pasa? —sintió que le preguntaba, desde el otro extremo de la habitación.

—No sé. Me desperté de pronto... Y tú, ¿por qué no duermes?

—También me desperté.

Ninguno añadió nada más.

Ágata volvió a acostarse, se tapó la cara con la sábana, y tardó un buen rato en volver a dormirse... (*continuará*)

Complejo de Edipo

(Tomado del libro *The Impact of Freudian Thought on the Saurian Community*, por la doctora Áurea Deluz, pp. 83; traducido por el profesor Homolinkua.)

...Y era tan terrible aquello que acababa de leer, sobre la posibilidad de enamorarse de su propia madre, que en lo adelante, con el fin de evitar malentendidos y no tentar la suerte, adquirió la costumbre de preguntar a su pareja si ya había tenido hijos; pues la idea de seducir a cualquier madre —fuese de quien fuese— lo dejaba sin sueños.

Poco a poco terminó por aficionarse a las dinosaurias adolescentes, quienes, con toda seguridad, aún no habían tenido suficiente tiempo para convertirse en madre de nadie.

Así evitó el estigma de la perversión.

Jueves 12 (Cuarta parte)

—Anoche tuve un sueño rarísimo —dijo Bonito—. Era el tiempo de la colonia, y pasaban unas carretas llenas de hombres en harapos; parecían esclavos o prófugos de la justicia. Los bajaban junto a una loma, y allí mismo los fusilaban —quedó pensativo un momento—. Era un lugar parecido a este, pero no había casas, ni calles, ni nada... A todos los muertos los echaban en una fosa común.

—Dicen que en los sitios donde se ha derramado mucha sangre, de manera violenta, los alrededores se impregnan con las sensaciones de horror de las víctimas —dijo Ágata—. Por eso la gente siente tanto miedo en el escenario de un crimen.

La dinosauria calló de pronto y miró al resto del grupo.

—¿Saben lo que se me acaba de ocurrir?

—Ni nos interesa —repuso Gracia, presintiendo lo que vendría después.

—Estamos sobre un cementerio —continuó Ágata, sin darse por aludida—, y todo lo que hemos estado percibiendo es la huella de los crímenes que se cometieron hace años.

Espantados, guardaron un breve silencio.

En aquel momento, el anciano que atendía la casa entraba del jardín con unas tijeras de podar. Los dinosaurios se miraron entre sí, y enseguida lo llamaron. Bonito le preguntó cuánto tiempo hacía que él y su mujer trabajaban para los huéspedes de la casa.

—¡Uf! Hace más de veinte años —respondió él.

El monstruo le preguntó si nunca habían notado nada fuera de lo común. El anciano se encogió de hombros.

—A cada rato sentimos ruidos por allá arriba, incluso cuando no tenemos visitantes... Al principio, íbamos a ver qué ocurría, pensando que se trataba de ladrones. Después nos acostumbramos.

—¿Y no les preocupa saber qué pasa? —insistió Bonito.

—Son las vibraciones de los vehículos —respondió el viejo,

—¿Cuáles vehículos? —se extrañó Ágata—. La carretera más cerca está como a un kilómetro de aquí.

El viejo los miró a todos, y sonrió.

—En esta casa no hay fantasmas. Se los aseguro...

—¿Su esposa piensa igual?

—Ella es muy impresionable, y cree que aquí existe algo; pero yo les digo que no tienen por qué preocuparse. Si hubiera algún espíritu, ya lo habríamos visto...

El anciano continuó su camino, rumbo a la cocina.

Cinco minutos después, cuando todos se disponían a hacer su recorrido habitual por el bosque, la anciana se les acercó con paso furtivo; miraba por encima de su hombro, como si temiera que el marido la descubriera.

—¡Esperen! —cuchicheó—. Oí lo que hablaban con él, y quiero advertirles. Ustedes no son los únicos que han sentido la presencia de algo maligno entre estas paredes. Hubo una mujer que se hospedó en el cuarto de la señora —señaló a Ágata—, cuando todavía la casa no estaba en condiciones de recibir visitantes saurios. Dos veces encontró la puerta cerrada por dentro, y la llave se le partió en la cerradura al intentar abrirla; se quejó de que alguien entraba en su cuarto por las noches... El otro fue un señor que, a la mañana siguiente de su llegada, anunció que se iría de inmediato... a pesar de que ya había pagado el alquiler de una semana; ni siquiera pidió la devolución del dinero.

Luego de aquellas palabras, los amigos quedaron más preocupados que nunca.

Alrededor del mediodía, el matrimonio de ancianos se fue.

Los dinosaurios almorzaron, antes de salir de excursión. Una vez más, se aseguraron de que los sillones del portal estuvieran contra la pared, cerraron la enorme reja de la entrada con candado, y se perdieron en la espesura... (*continuará*)

Erotomanía

Los dinosaurios de pura cepa suelen ser muy eróticos. Poseen su *Kama Sutra* particular, más rico en propuestas que ese legendario texto hindú; y esto se debe a la conexión que establecen entre el sexo y los alimentos.

La simple visión de un lecho adornado con cerezas basta para desquiciar a cualquier dinosauria. De igual modo, una piel que huela a naranja, un plato de camarones cubiertos con jugo de tomate y perejil, o la simple idea de un beso oloroso a yerbabuena, son suficientes para provocar una reacción parecida al «síndrome de la aceituna» que sólo han experimentado las dinosaurias portadoras de esta afección.

Cierto experto en lides amorosas descubrió un método artificial que suple la carencia de ese gen erótico en el resto de la especie. Consiste en algo tan sencillo que todos se preguntan cómo nadie lo descubrió antes: segundos antes de llegar a la cúspide del trance amoroso, la pareja deberá beber una copa de vino rojo o tinto donde floten trozos de melocotón y piña. Se dice que la violencia del placer es tan fuerte que sólo algunos lo resisten. Sin embargo, los sobrevivientes aseguran que el riesgo vale la pena: es la única forma de llegar a un estado de iluminación místico-orgásmica, sin tener que recurrir a métodos tan aburridos y esotéricos como el retiro o la meditación trascendental.

Jueves 12 (Quinta parte)

...Regresaron muy avanzada la tarde. Cuando Bonito sacó la llave para abrir el candado, Ágata levantó la vista en dirección a la casa.

—Oh, no —susurró.

El Monstruo la oyó.

—Por favor, no empecemos...

—¿Pero no la ves? —tartamudeó ella, mientras señalaba hacía la punta de la colina.

La casa tenía una apariencia tenebrosa y siniestra.

Comenzaron a subir los escalones.

—¡Ay, no! Otra vez, no —gimió Gracia.

Un sillón del portal, nuevamente sacado de su sitio, se balanceaba un poco, quizás movido por algún resto de brisa.

De todos modos, entraron y encendieron las luces; comieron y vieron la televisión. El problema ocurrió a la hora de dormir.

—Yo no pienso entrar en ese cuarto —anunció, tajante, la viuda.

—Pues si tú no duermes ahí, yo tampoco lo haré —dijo el Monstruo.

—¿Por qué no usan el cuarto de abajo? —sugirió Gracia.

—¡De eso nada! —protestó Ágata—. Estoy cansada de ver películas de horror. En cuanto la gente comienza a separarse, ahí mismo los descuartizan.

—¿No podríamos cargar unos colchones y dormir en el cuarto de ustedes? —sugirió tímidamente el Monstruo.

—Con un colchón, basta —dijo Bonito—. Tenemos una cama sobrante.

Y así lo hicieron.

Mientras arreglaban sus cosas, se echaban cremas para el cutis y contaban chistes, el aire acondicionado comenzó a fallar. Como ya

se sabe, no hay nada que perturbe más a un dinosaurio que dormir con calor; así es que decidieron levantar la tapa y ver qué ocurría.

¡Ahí fue Troya!

Un camaleón enorme saltó al cuello del Monstruo; Bonito se enredó en su cola y se fue de espaldas; en su caída, arrastró consigo a Gracia; la viuda se asustó tanto que abrió una ventana y empezó a sacudir las rejas para salir, pues no atinó a quitar las maletas colocadas frente a la puerta...

Luego de cinco minutos de confusión, los dinosaurios salieron disparados de aquella casa maligna, y cruzaron el bosque a medio vestir, dando alaridos como unos energúmenos. Por el camino se cruzaron con dos panaderos que se dirigían a su faena.

—¿No te lo dije? —repuso uno de ellos—. Son todos unos inmorales.

Al día siguiente, cuando el matrimonio de ancianitos llegó a la mansión, la puerta estaba de par en par. Nadie parecía haber dormido en los cuartos, exceptuando una habitación del piso superior donde todas las camas, y una colchoneta tirada sobre el suelo, se encontraban en el más absoluto desorden.

—¡Qué lástima! —suspiró el viejito—. Tan decentes que parecían.

Y salió al patio para barrer las hojas... (*continuará*)

Ballet aéreo

En torno a una polémica:

«Ballet aéreo y ballet acuático; diferencias insoslayables», por el comentarista A. B. Del Río, del magazine *Dragón en Llamas*, incluido en el *Anuario Sauridas*, tomo 32, edición no. 4340, pp. 376-377.

Algunos especialistas intentan establecer un paralelo entre el ballet acuático, practicado por las mujeres, y el ballet aéreo de la especie dracónida. Sin embargo, existen diferencias sustanciales que no se circunscriben al elemento donde se ejecutan. Como ya se sabe, en el ballet aéreo participan tanto dragonas como dragones. Es cierto que hace miles de años, durante el Medioevo Saurio, todavía este deporte era una especialidad que solo se consideraba propia para damas. Sin embargo, con el transcurso del tiempo, y a medida que ellas aumentaban sus posibilidades de realización social, los dragones machos se dedicaron a ejecutar labores que al principio se les vedaba por considerarse femeninas.

Los machos expandieron sus aptitudes creadoras al realizar antiguas tareas prohibidas, con lo cual ganaron en el aspecto artístico, intelectual y sensorial-intuitivo. Una de sus batallas fue la de abolir ciertas fronteras falsamente establecidas en el deporte, por razones tan poco lógicas como las de tener una supuesta esencia femenina, sin que se aclarara en qué consistía dicha esencia. Los dragones habían protestado por la discriminación que esto implicaba. Por ejemplo, el espectacular ballet aéreo establecía la exclusión absoluta de los machos, sin que para ello existiera ninguna base objetiva. Luego de muchos debates, los dragones lograron permiso para realizar sus acrobacias aéreas. Con ello los

Juegos Olímpicos se beneficiaron, pues la llegada de cuerpos varoniles a ese deporte implicó la creación —casi de manera natural— de variantes estilísticas desconocidas hasta el momento.

Claro está, las dragonas seguían incluyendo en sus ejercicios algunos movimientos difícilmente realizables —e incluso, imposibles de repetir— por los machos, debido a dificultades intrínsecas a la constitución física de aquellos...

Los humanos sólo han conseguido algo semejante en una disciplina deportiva denominada gimnástica, donde existen pasos básicos o comunes para ambos sexos, aunque las particularidades femeninas y masculinas han derivado hasta producir deportes con características propias.

Por estas razones, resulta imposible establecer paralelos entre el ballet aéreo —practicado por dragonas y dragones— y el acuático —sólo permitido a las mujeres—, hasta tanto los hombres no hayan ganado para sí el terreno que les corresponde en esta categoría artístico-deportiva, que podrían darles tanta satisfacción y posibilidades de desarrollo como la danza o el ballet que ellos ejecutan en tierra.

Jueves 12 (Sexta parte) y ¿Final?

...Dos meses después de haber salido huyendo de aquella casa infernal, los amigosaurios se reunieron para comer.

—De buena nos salvamos.

—Por poco acaban con nosotros.

—Iban a matarnos del corazón.

—Nunca más en mi vida iré al mundo de los humanos.

Así comentaban su aventura.

Aquella noche comieron y bebieron de lo lindo y, al final de la cena, la conversación comenzó a languidecer.

—Después de todo, nos divertimos.

—Sí. La verdad es que aquí nunca pasa nada.

—Debimos quedarnos unos días más.

—¿Y si regresáramos...?

A mil millas de distancia, y en otra dimensión, un ente invisible se frotó las manos

Análisis de un caso de neurosis obsesiva

(Condensado de libro *Trastornos en la conducta de los dinosaurios*, del profesor Cola Loca, volumen II, pp. 209-215.)

Mi paciente era un dinosaurio joven, bien parecido, y con un aspecto inteligente y saludable. Su cola se movía con elegancia y correcto sentido de orientación. No pude descubrir ningún síntoma anormal en su actitud externa... Me contó que desde hacía tres años sufría de una compulsión inevitable y molesta: todas las noches, a las dos y veinticuatro de la madrugada, se despertaba para irse a la cascada situada en el interior de la cueva, y darse un baño. La hora jamás variaba: dos y veinticuatro; y por esa razón, ya había confrontado problemas con sus seis últimas amantes... También confesó haber tenido una serie de sueños durante su adolescencia, en los cuales un psicosaurio de color rojo se le aparecía en el momento de iniciar el acto sexual para preguntarle: «¿Estás seguro de lo que quieres? ¿Estás seguro?», tras lo cual el sujeto despertaba sin haber podido efectuar el acto y en un estado de profunda depresión...

...Luego de varias sesiones de hipnosis, recordó un juego infantil que casi había olvidado: se subía a lo más alto de un árbol para intentar volar. En una ocasión, perdió el equilibrio y se cayó; el golpe lo mantuvo sin conocimiento durante algunos minutos... El propio paciente estableció una analogía entre la sensación de placer experimentada en aquel juego infantil, el inicio del acto sexual en el sueño, y los baños nocturnos en la cascada. También relacionó el estado depresivo que sentía cuando despertaba de esos sueños de adolescencia, sin haber logrado el coito, y el desasosiego que lo embargaba al despertar en su cama cada madrugada, después de

haber hecho el amor con su amante de turno... En las últimas tres sesiones de hipnosis telepática, logré llegar a las zonas más ocultas de su subconsciente... Este individuo abrigaba un profundo deseo que la inexperiencia de la infancia transformó en juego: no era sólo volar lo que más anhelaba, sino convertirse en un dragón. Esto comenzó a hacerse evidente, luego de la definición que él mismo dio bajo estado hipnótico: «El dragón es un dinosaurio, cuya ventaja sobre éste radica en el par de alas que lo mantienen infinita y felizmente en el aire»... No fue difícil comprender el origen de la neurosis: cada vez que tenía relaciones amorosas con una dinosauria, la culpa lo atormentaba durante el sueño y lo hacía despertarse a las dos y veinticuatro de la madrugada (tenía dos años, es decir, veinticuatro meses de nacido, la primera vez que vio a un dragón en pleno vuelo), para irse a bañar en la cascada y *limpiarse* de lo que rechazaba; el hecho de ser un simple dinosaurio... No hubo necesidad de tratamiento post-hipnótico. Una vez el paciente conoció la causa de su obsesión, empacó sus cosas y se marchó al Valle del Espejismo. Apenas penetró en él, adquirió un bellissimo par de alas membranosas, arrojó humo por las fosas nasales, y echó a volar rumbo a la cima de la Montaña Draco...

Receta de evasión

Cuando un dinosaurio se harta de los seres humanos que lo rodean —ya sea porque no lo dejan en paz con exigencias de diversa índole, o porque pretenden que adopte conductas ajenas a su naturaleza—, puede inclinarse por cualquiera de estas cosas:

- a) Recoge sus pertenencias y se marcha a su país de origen.
- b) Pone cara de complacencia, como si estuviera de acuerdo con todo lo que se le pide... y luego hace exactamente lo contrario.
- c) Opta por diferentes formas de evasión, tales como:
 - I. Pararse de cabeza (así se olvida del mundo, según es normalmente).
 - II. Comer aceitunas, camarones, angulas picantes —no confundir con las anguilas— y otras comidas que provoquen orgasmos.
 - III. Cultivar plantas para tener con quien conversar.
 - IV. Invitar a varios amigos —dinosaurios, igual que él— para hacer un batido en casa; ocasión que todos aprovechan para enumerar los defectos de aquellos que les hacen la vida imposible.

Villa Dédalo

Junto al Bosque Iluminado, existe una región denominada La Zona. Aquellos que pernoctan allí tienen los sueños más extraordinarios y reveladores de su vida. Sin embargo, no son muchos los que quieren enfrentar las interioridades de su subconsciente. Sólo algunos dinosaurios, escasos de dragones y contadísimos seres humanos, han intentado la experiencia; pues el número de éxitos profesionales posteriores al hecho, es igual al número de suicidios después del mismo.

Por lo general, son los vampiros de luz —inquilinos habituales de la región— quienes han logrado la mayor cantidad de revelaciones oníricas, en nombre de aquellos saurios cuya psiquis representan.

La Zona constituye un enorme laberinto natural con innumerables senderos, ruinas, cuevas y pasadizos por los cuales se puede entrar, pero no salir. Una vez que alguien ha tenido la osadía de adentrarse en alguno, jamás volverá a encontrar el camino de vuelta... a menos que se trate de un auténtico genio.

Apenas unos veinte humanos —en todo el curso de la historia— lograron hallar la salida del laberinto.

El primero en hacerlo fue un antiguo habitante del Mediterráneo llamado Tesjo. Aunque, para ser sinceros, debemos decir que el verdadero mérito corresponde a una costurera, cuyo nombre —según las crónicas saurias— era Adriana o Araidna o algo así. Cuando Tesjo entró en el laberinto, llevaba una túnica que le fuera entregada por ella la noche anterior, y su terminación dejaba mucho que desear; entre otras cosas, tenía un hilo del dobladillo suelto, y al cruzar la entrada, se enganchó en un saliente de la cueva. A mitad de camino Tesjo se dio cuenta de que andaba en calzoncillos —los cuales, dicho sea de paso, eran muy sexy—. Lleno de furia, el joven recordó el dinero que había pagado a la vieja, y decidió recuperar

todo aquel hilo para llevárselo como prueba del mal trabajo y exigirle una túnica bien hecha; de ese modo regresó, guiado por el hilo que aún colgaba de una de sus mangas. En la vuelta se topó con un novillo extraviado mugiendo que daba lástima. Tesjo lo cargó sobre sus hombros y salió con él del laberinto... La bronca que tuvo con la costurera fue tan grande que todos en la región se enteraron. El chisme corrió de boca en boca, pero cuando llegó a oídos del primer extranjero ya era otra cosa: Tesjo se había convertido en un semidiós, la vieja costurera era una joven princesa y el infeliz novillo en un feroz monstruo que devoraba carne humana... como si alguien hubiera visto alguna vez un toro comiendo bistec. Sin embargo, gracias a aquel episodio el lugar se hizo famoso.

En los últimos diez años, sólo un humano —un tal Andrés o Andrej— logró la hazaña de penetrar en La Zona y regresar para contarlo.

Según los científicos, la estructura del laberinto representa la verdadera esencia de la mente racional. Es un caótico universo de lógica muy particular, donde incluso el propio Aristóteles —con todo su sistema deductivo— se encontraría perdido.

Perversauriana

A continuación reproducimos la nota de prensa publicada la semana pasada en el periódico *El Saurio Ilustrado*, por el comentarista Fuego Blanco, bajo el título «Caprichos y rarezas del espectador humano»:

Este fin de semana, las salas cinematográficas fueron invadidas por millares de seres humanos curiosos que deseaban ver la controvertida película *Perversauriana*, del conocido director ítalo-sueco Nimar Felling. La obra se filmó en una ciudad de Europa, en medio del más absoluto misterio, a pesar del numeroso ejército de fotógrafos y periodistas que durante días asedió la mansión donde se rodaba.

Ya desde su primera proyección, a la cual sólo asistieron destacadísimas personalidades del cine —con acceso prohibido a la prensa—, surgió el primer brote del escándalo que luego conmovería los más diversos estratos sociales de la humanidad.

Como se sabe, el filme aborda, con total desprejuicio, diversas modalidades del sexo saurio descritas en nuestro *Kama Sutra*. A decir verdad, no se diferencian mucho de las costumbres anotadas por los humanos en el suyo. Sin embargo, la bomba estalló al insertarse una inocente escena sado-masoquista —bastante común entre nosotros, los saurios, que no tiene precedentes en la cultura humana. Dicha escena ocurre en el sótano de la mansión donde se desarrolla la mayor parte del filme.

Después de haber bebido tres saurillos, la protagonista Fanny —magistralmente interpretada por la actriz Vella del Valle— comienza a dar muestras de una gran excitación, observable en el sicalíptico movimiento de su cola, mientras ella permanece echada con

languidez en el sofá. Su seductor —se trata del experimentado actor Amado Alalarga— es un dragón psicótico cuyo móvil principal no es el amor, sino la venganza. Este satirio es un individuo homosexual, que aún no ha logrado percatarse de sus inclinaciones y ahí está uno de los principales valores educativos del filme, que fue exhibido en nuestro país para todas las edades.

(Los humanos debieron presentar su carnet de identidad para demostrar que el espectador era mayor de 25 años; por lo que su moraleja «para evitar traumas, conózcase a sí mismo», se perdió para gran parte de su público.)

Deseoso de vengarse de su aparente impotencia, el galán ha escogido a Fanny, una dinosauria inocente y virgen que —a pesar de todo— le atrae. La induce a beber el conocido afrodisíaco y luego, con el pretexto de llevar a cabo una sesión espiritista, la conduce hasta el sótano: un sitio lóbrego y oscuro donde hay un lecho enorme cubierto por sábanas rojísimas de seda. A petición del dragón, la dinosauria se desnuda y se acuesta sobre la cama (aquí la fotografía entra a jugar un papel importante, por el efecto de tonos logrados al destacar la dorada piel de la dinosauria sobre las sábanas rojas). Él la amarra al lecho —cola incluida—, le venda los ojos y comienza a revolotear en tono a ella con sus poderosas alas de dragón, mientras arroja chispas por la boca, causando levísimas quemaduras —que apenas son corrientazos inofensivos— en los lugares más sensibles. Al principio, ella se agita espantada; después, poco a poco, la expresión ciega de su rostro vendado da paso al deleite, y toda la escena culmina con el estruendoso estremecimiento de la dinosauria que logra el clímax sin haber sido tocada.

Esta hermosa escena provocó una reacción espantosa entre los seres humanos. Las causas del alboroto podrían explicarse por el hecho de que, entre ellos, las prácticas sado-masoquistas a menudo suelen derivar en daños físicos reales; mientras que, entre los dinosaurios, jamás se llega al abuso.

De cualquier modo, todavía son un misterio las razones que motivaron el bullicio final, cuando Fanny, completamente enamorada del dragón tras largas sesiones de tortura —como era de esperar—, y abatida ante su indiferencia, se da cuenta del problema que lo aqueja. Aquello que en nuestro país resultó un final feliz, provocó un verdadero tumulto entre los humanos cuando la dinosauria tomó por un brazo a su perverso amante y, por otro, a un amigo que acababa de presentarle a aquel, antes de marchar sonrientes hacia el interior de la mansión.

En verdad, la psicología humana está llena de rarezas que tardarán mucho en ser desentrañadas por nuestros especialistas.

El escritor

Don Garritas fue el escritor más famoso de su generación.

Desde su adolescencia, editoriales y revistas prestigiosas se disputaron sus trabajos. Publicó los géneros más diversos: teatro, cuento, poesía, novela... Cuando apenas contaba cuarenta años — edad harto joven para cualquier dinosaurio— ya era conocido como «el Midas de la literatura sauria contemporánea.» En efecto, cualquier asunto o tema que tocara se convertía de inmediato en un best-seller.

Sin embargo, aquel portento de escritor siempre vivió atormentado por un complejo inconfesable: nunca publicaría un libro de pocas páginas. Y no porque deseara ver aumentadas sus ganancias con una obra extensa, ni por su gran vuelo imaginativo — en realidad, se sentía mejor escribiendo relatos cortos—, sino porque jamás soportó la idea de que su nombre no apareciera en el lomo de los libros, como le había visto ocurrir a otros autores cuando sus obras no eran muy voluminosas.

Gato mío extraño

A Sinuhé, in memoriam.

Son contados los dinosaurios que no tienen una mascota para alegrar su vida hogareña. Bichos de toda índole pueden encontrarse en las cuevas; pero no cabe duda de que, entre todos, el gato es su preferido.

Es casi imposible hallar un dinosaurio al que no le gusten estos animales, aunque debemos aclarar que no se trata de los felinos que comúnmente vemos entre las familias humanas.

En primer término, los gatosaurios tienen nombres excepcionalmente personales. Jamás aceptarán los usuales y consabidos Motica, Blanqui o Chispa. No. Un gatosaurio que se respete deberá llamarse Topacio, Alfa, Sinuhé o Yogananda. A veces tienen nombres y apellidos como Manzana Azul, Fiera Feroz, Cascabel Herido o Yerba Durmiente. Y en ocasiones responden a largas y poéticas frases, escogidas por la imaginación de sus dueños: Lucero en la Frente del Halcón, Blanca Sombra de las Nieves, Demonio Marino en la Copa del Árbol, o Aspirina a las Diez de la Mañana... Como podrá notarse, algunos aluden a cuentos de hadas. Esto ya se ha hecho una costumbre entre los dinosaurios.

Aunque por su aspecto exterior, el gatosaurio no se diferencia del gato común, resulta fácil distinguirlo debido a su comportamiento. Según estudios científicos, las actitudes más sobresalientes de esta criatura son:

1- Cuando alguien abandona la cueva, el gatosaurio lo seguirá durante un trecho comprendido entre veinte metros y tres cuerdas, según el afecto que sienta por el perseguido.

2- Les encanta subir al regazo de su dueño para ver la televisión, sobre todo si ponen muñequitos en la programación infantil.

3- Cada vez que una gata del vecindario da a luz, el gatosaurio se las ingenia para robarle uno o varios gatitos con el fin de cuidarlos y darles calor, haciendo gala de un inexplicable instinto paternal que no se observa en ninguna otra especie.

4- Cuando su dueña o dueño predilecto regresa a la cueva, el gatosaurio —que ya se encuentra acechando su llegada— corre hacia él o ella maullando a grito pelado, y no deja de hacerlo hasta que es cargado y arrullado como un bebésaurio...

Con tales características resulta perfectamente comprensible la pasión que sienten los dinosaurios por estos animales. Ningún ser humano que no haya vivido con alguno, podría entender por qué existen tantos poemas, filmes y cuadros inspirados en ellos.

Tenga su gatosaurio, y terminará dedicándole un libro o una canción.

El Abrevadero de los Dinosaurios

Cerca del Bosque Iluminado se encuentra el enigma más grande del país de los dinosaurios. Su misterio es aún mayor que el de las tres grandes zonas, puesto que, al menos en aquellas, las anomalías se perciben enseguida, mientras que en éste sólo se notan al final.

El lugar en cuestión es conocido como el Abrevadero de los Dinosaurios. Se trata de una fuente natural, donde siempre hay un agua fresca y cristalina que invita a beber; y en esto radica la trampa. Cada vez que algún dinosaurio calma su sed en ella, sufre una metamorfosis irreversible: al instante queda convertido en un ser humano que casi siempre pierde la memoria de su vida anterior, y se transporta de inmediato al mundo de los hombres.

Una vez instalado entre los humanos, al ex-dinosaurio sólo le queda una vaga sensación de inadaptación a su medio. Se calcula que el 33% de los genios y locos que han conmovido los cimientos de la humanidad —científicos, estadistas, clarividentes, filósofos y artistas— pertenecen a este grupo; aunque, por supuesto, no todos los dinosaurios que sufren la desgracia de convertirse en seres humanos llegan a destacarse siempre.

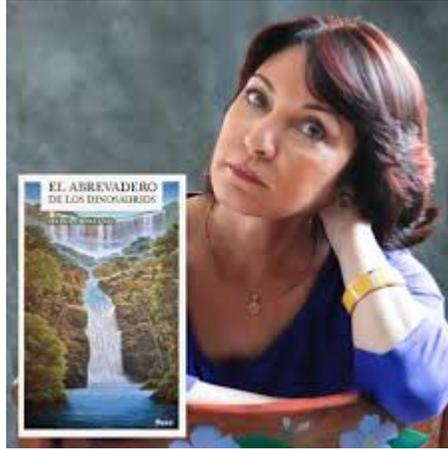
No es difícil reconocer a estas criaturas. Por lo general, se trata de «bichos raros» que se rebelan contra toda clase de prejuicios, abusos y tabúes, y que intentan aportar su propia visión del mundo. Viven obsesionados por los enigmas y misterios, la búsqueda de la verdad (cualquiera que ésta sea), y la necesidad de rescatar la poesía y la imaginación para la vida cotidiana. Su lema es: «La vida es buena, pero podría ser mejor.»

Se supone que sólo el 2% de los dinosaurios transformados logra retener el recuerdo de su otra existencia. Cualquier amigo —o quizás nosotros mismos— podríamos ser uno de ellos, sin saberlo.

A decir verdad, con semejantes características debería resultar fácil determinar nuestra propia naturaleza.

Por mi parte, debo confesar que últimamente he comenzado a tener ciertas sospechas...

SOBRE LA AUTORA



DAÍNA CHAVIANO (1957) tiene publicados **Los mundos que amo** (premio David de ciencia ficción en 1979), **Amoroso planeta** (1983), **Historias de hadas para adultos** (1986) y **Fábulas de una abuela extraterrestre** (1988). En 1989, obtuvo premio en el concurso La Edad de Oro de literatura para niños y jóvenes con **País de dragones** y premio en el concurso 13 de Marzo con el guion inédito para cine **La anunciación**; además, mención en el Concurso Internacional Plural, de México, con el poemario **Confesiones eróticas, y otros hechizos**.